



Si desea adquirir alguno de los productos que aparecen en los catálogos de los proyectos financiados por el SGP en Puno, Piura o Lambayeque, puede comunicarse con:

» **PROGRAMA DE PEQUEÑAS DONACIONES (SGP)**

Teléfono: (051) 625-9069
 Fax: (051) 625-9199
 www.sgpperu.org
 Dirección: Av. Del Ejército 750,
 Magdalena del Mar. Lima, Perú

» **ASOCIACIÓN DE PEQUEÑOS PRODUCTORES ECOLÓGICOS (APEPROECO)**

Teléfono: (073) 202-827
 Celular: (073) 9688-26897
 www.aeproeco.com
 aeproeco2007@yahoo.es



¿Qué tan difícil es sembrar conciencia ambiental en cientos de comunidades pobres del interior del Perú? ¿Es posible que diferentes caseríos de la costa, sierra y selva peruana se organicen para crear actividades productivas sostenibles en el tiempo, aprovechando la biodiversidad de sus regiones? El Programa de Pequeñas Donaciones del GEF/PNUD (SGP) trabaja en el país desde hace 12 años y hasta la fecha ha financiado 214 proyectos que no solo protegen el medio ambiente, sino que generan un sustento económico para miles de familias. *El reino de los ecologistas eternos* es un libro que exhibe personajes, muestra productos, descubre historias, pero, sobre todo, es la prueba máxima de la creativa labor que está cumpliendo el SGP en el Perú.



SGP The GEF
Small Grants
Programme

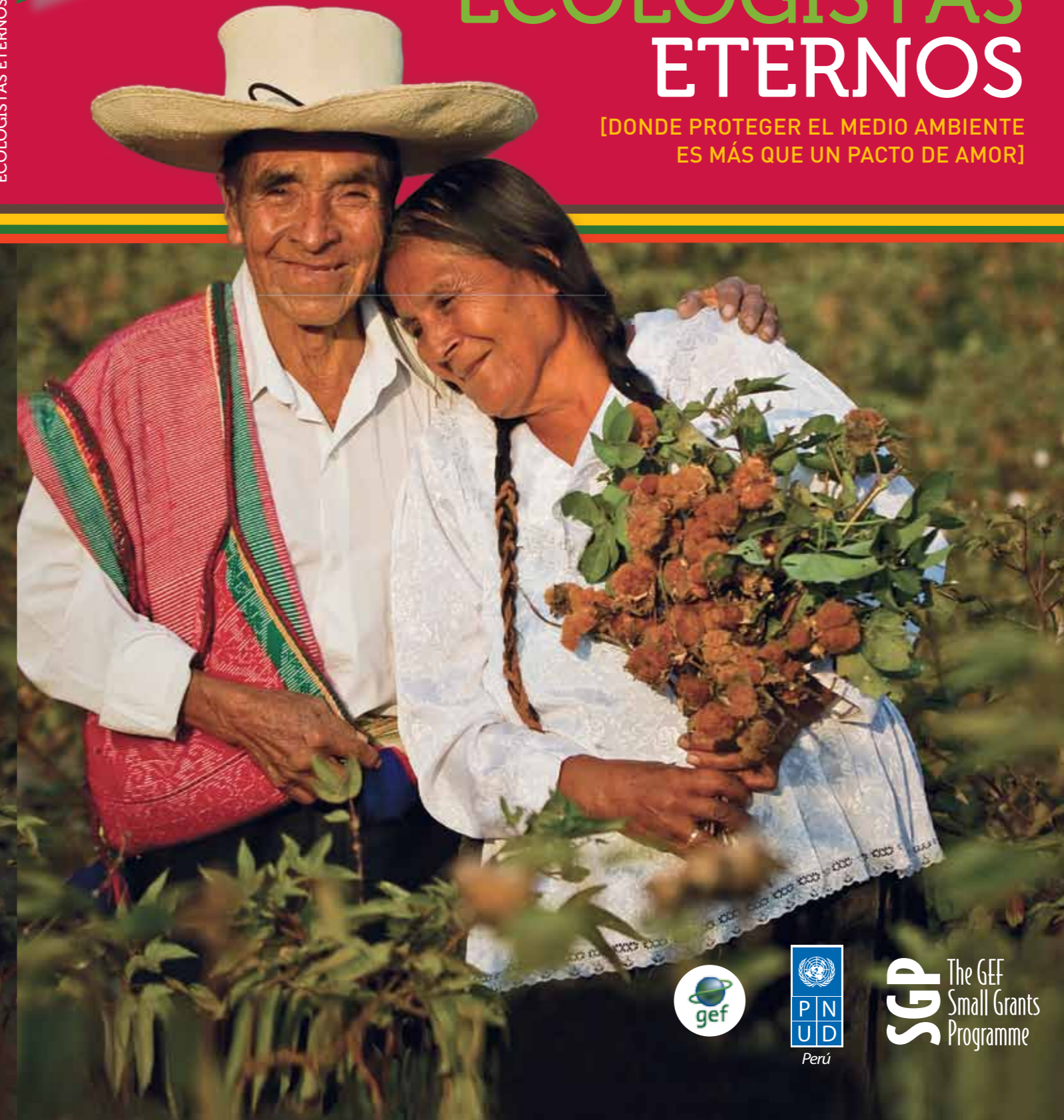
EL REINO DE LOS
ECOLOGISTAS ETERNOS

Historias de vida detrás del SGP en el Perú

EL REINO DE LOS ECOLOGISTAS ETERNOS

[DONDE PROTEGER EL MEDIO AMBIENTE
ES MÁS QUE UN PACTO DE AMOR]

Historias de vida detrás del SGP en el Perú



PORTADA

Bosque seco de Mórrope, Lambayeque.

Agosto 2010.

Rosalía Farroñán y su esposo Pedro Inoñán posan por sus cincuenta años de matrimonio con un bouquet hecho de algodón nativo *gossypium barbadense*, el cual se creía extinto y cuya gran peculiaridad es la gama de colores que presentan sus motas. A pesar de que una ley prohibió su cultivo durante varias décadas, esta pareja se dedicó a protegerlo. Hoy, gracias a ellos y otras artesanas de la Asociación de Arbosol y Huaca de Barro —proyecto financiado por el SGP—, se ha recuperado esta especie de algodón tan singular.

FOTOGRAFÍA

Enrique Castro-Mendivil



SGP The GEF
Small Grants
Programme

EL REINO DE LOS ECOLOGISTAS ETERNOS

[DONDE PROTEGER EL MEDIO AMBIENTE
ES MÁS QUE UN PACTO DE AMOR]

Historias de vida detrás del **SGP** en el Perú



Índice

» 04.

El Programa de Pequeñas Donaciones (SGP) en el mundo

» 06.

La política verde del Señor B.

Entrevista a Antonio Brack.

¿Qué recuerdos tiene el actual ministro del Ambiente de un programa que con poco siempre ha logrado mucho?

» 10.

Proyectos en el Perú

Radiografía del SGP.

Ubicación de las 214 iniciativas ejecutadas desde 1998 en todo el país.

» 14.

La otra cara del SGP

Comité Directivo Nacional.

Los especialistas detrás del Programa de Pequeñas Donaciones.

» 16.

La dama de la ecología

Entrevista a Emilia Bustamante.

¿Cómo se siembra conciencia ambiental en cientos de comunidades pobres del interior del Perú?

» 22. PUNO

El tiempo de los colores

Crónica. Algunos alpaqueros del altiplano peruano se han sumergido en una tarea que hasta hace poco era impensable: salvar de la extinción a la alpaca suri de color.

Productos:

» Nuñoa	54
» Lampa	62
» Laraqueri	70
» Cojata	76

» 80. PIURA

La vida secreta de los algarrobos

Crónica. Decenas de familias del norte del Perú están recobrando, gracias al cuidado y la preservación de este árbol, los sueños de desarrollo que habían perdido.

Productos:

» Santiaguero	112
» Chutuque	112
» Locuto	114

» 116. LAMBAYEQUE

Los guardianes del bosque seco

Crónica. La producción de miel orgánica y el cultivo del casi desaparecido algodón nativo han permitido que diferentes caseríos de la cuenca del río Chiniama cuiden su biodiversidad.

Productos:

» Mórrope	148
» Tongorrape	158
» Pasaje Norte	160
» El Porvenir	162

VIAJE AL CENTRO DEL SGP

UNA BREVE TRAVESÍA A MODO DE PRESENTACIÓN

Cuando el Programa de Pequeñas Donaciones del GEF/PNUD (SGP) se estableció en el Perú en 1998, nadie imaginó la gran travesía en la que se convertiría con el pasar de los años. Más allá de los cientos de kilómetros que fueron necesarios recorrer para llegar hasta las comunidades más alejadas del país, el viaje del SGP consistió en conocer a cientos de protagonistas anónimos hasta ese momento. Por ello, el presente documento busca difundir los productos elaborados en los proyectos financiados por el SGP en diversos lugares del Perú, pero también dar a conocer el papel que han jugado aquellos líderes locales: hombres y mujeres que promueven el uso sostenible de la megadiversidad del Perú en su tarea diaria por conservar especies únicas y en grave proceso de deterioro.

En palabras sencillas, ellos protegen los ecosistemas en los que habitan, cumpliendo así con la misión del Fondo para el Medio Ambiente Mundial: conservar la agrobiodiversidad, al mismo tiempo que se promueve estilos de vida sostenibles y se genera oportunidades de econegocios, empleo e ingresos económicos complementarios para las familias más vulnerables.

El éxito del SGP está relacionado con el quehacer de estos líderes locales que buscaron el desarrollo de sus propias comunidades con la esperanza de un futuro mejor para ellos y sus descendientes. El gran valor de sus historias se centra en los procesos de desarrollo únicos que han liderado, y en los que solucionaron una serie de problemas que les permitió crecer como personas al mismo tiempo que sus organizaciones también crecían. Todas y todos constituyen la mejor semilla del SGP, la cual estamos seguros dará muy buenos frutos.

En *El reino de los ecologistas eternos* presentamos a los creadores de los productos bandera de las comunidades locales de Piura, Lambayeque y Puno. Esperamos que el viaje por estas historias, así como lo fue para nosotros, les sea placentero. ■



REBECA ARIAS FLORES
Representante Residente del PNUD en el Perú

PENSAR GLOBALMENTE Y ACTUAR LOCALMENTE

¿QUÉ TAN DIFÍCIL ES INTENTAR SALVAR EL PLANETA
DESDE UN PAÍS DE SUDAMÉRICA?



El Programa de Pequeñas Donaciones fue creado por el Fondo para el Medio Ambiente Mundial en 1992 y llegó al Perú seis años después. Involucrando a comunidades pobres de diferentes regiones del país, su objetivo principal es promover y proteger los recursos naturales a nivel local, ya que de esta

forma se contribuye a la protección del medio ambiente a nivel global. El Programa de Pequeñas Donaciones (SGP, por sus siglas en inglés), al igual que en otros países de América Latina y el Caribe, es ejecutado en el Perú por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

A diferencia de otros modelos de financiamiento del Fondo para el Medio Ambiente Mundial (GEF, por sus siglas en inglés), como pueden serlo los medianos y grandes proyectos, el SGP apoya pequeñas iniciativas locales tan diversas como costumbres pueden existir en el mundo. El SGP busca que pueblos de diferentes partes del planeta sean actores directos y no receptores pasivos. Y en esto contribuye mucho la forma en que está diseñado, ya que su estructura hace que sea la misma comunidad la que administre sus recursos. Así no solo se evita que estos fondos financien la burocracia, sino que se asegura que, al ser ellos los responsables principales de la rendición de cuentas, el financiamiento se utilice adecuadamente y no haya despilfarro. Aquella responsabilidad obliga a que los beneficiarios se capaciten en asuntos financieros y administrativos, pero también en aspectos técnicos relacionados a las actividades productivas de sus respectivos proyectos. Sin importar si se trata de una pequeña comunidad de Asia o una asociación modesta de Latinoamérica. Al tener que mostrar resultados, necesitan contar con las competencias pertinentes.

El SGP contribuye al empoderamiento y la autoestima de los beneficiarios. Hombres y mujeres ven desde otra perspectiva sus vidas, ya que se comprometen, se identifican. Aprovechan una oportunidad que nunca antes habían tenido. Así el SGP cumple con algunos de los 8 Objetivos del Milenio planteados por las Naciones Unidas en 2000: se crea sostenibilidad ambiental y se reduce la pobreza.

En el Perú el gobierno le ha dado un apoyo decidido al SGP a través del Ministerio del Ambiente. Es fundamental también el rol de su Comité Directivo Nacional, el cual trabaja *ad honorem*. De esta forma ha llegado a regiones en el Perú a las que nunca había llegado la ayuda internacional. El SGP es el mejor ejemplo de cómo, pensado globalmente, se debe actuar localmente.



LA POLÍTICA VERDE DEL SEÑOR B.

El Programa de Pequeñas Donaciones del Fondo para el Medio Ambiente Mundial y del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo ha tenido diferentes especialistas que han presidido su Comité Directivo Nacional desde 1998. Entre ellos se encuentra Antonio Brack, uno de los hombres que más ha luchado por proteger la biodiversidad del país. **¿Qué recuerdos tiene el actual ministro del Ambiente de un programa que con poco siempre ha logrado mucho?**



Es raro ver a un político reír más de veinte minutos. Mover de un lado para otro las manos, abrir mucho los ojos, retroceder en el tiempo y emocionarse. No sorprende tanto, sin embargo, si quien habla es el ministro del Ambiente del Perú, Antonio Brack, quien, antes de asumir el cargo, fue presidente del Comité Directivo Nacional del Programa de Pequeñas Donaciones del GEF/PNUD (SGP, por sus siglas en inglés). Brack sonríe cuando recuerda que el SGP ha puesto en marcha 214 proyectos de conservación del medio ambiente desde su creación en 1998. Se emociona cuando piensa en miles de personas protegiendo la biodiversidad del Perú gracias a actividades tan diversas como la producción de miel de abeja orgánica o la confección de prendas de vestir con fibra de alpaca suri. Oficios que, además, les generan ingresos a cientos de comunidades de diferentes regiones del país. Biólogo, ecologista, autor de más de 15 libros relacionados

con el ambiente y ex conductor del programa de televisión *La buena tierra* —en donde se trataban temas de biodiversidad y desarrollo sostenible—, dejó el Comité del SGP cuando ingresó a la cartera ministerial en 2008. Borrar de su cabeza aquella experiencia es más difícil que intentar podar un bosque tropical.

¿Cuál es la gran diferencia entre el Programa de Pequeñas Donaciones y otro tipo de sistemas de ayuda que se dan en el Perú?

Lo más valioso del SGP es que primero piensa en pequeño y luego, poco a poco, va creciendo. De abajo hacia arriba, y no al revés. Ésa es la gran diferencia con los grandes proyectos, que generalmente no inciden de forma concreta en los estratos más pobres. El SGP llega a la comunidad y trabaja directamente con su gente, pensando en la protección de la biodiversidad de esa región.

A diferencia de otro tipo de programas, el SGP suele financiar proyectos en zonas de riesgo, en donde generalmente no existe una buena institucionalidad. He ahí su gran virtud: no excluye a las comunidades más pobres.

El SGP es muy importante en un país como el Perú, el cual se encuentra entre los diez más megadiversos del planeta.

Por supuesto. El SGP apunta, sobre todo, a que cada comunidad cuide su biodiversidad y se enorgullezca de ésta. Sin importar si el pueblo se encuentra en la costa, la sierra o la selva. El SGP es importante también porque es muy dinámico. Hasta ahora yo no he escuchado sobre un programa tan eficiente que haya activado más de 200 proyectos. Eso, en el sector público, sería imposible.

¿Cómo se logra esto?

Con muy poca gente administrándolo. Eso simplifica y acelera todos los procesos. Casi no hay burocracia. Puede parecer increíble, pero, aparte del Comité Directivo Nacional, solo dos personas supervisan el SGP desde Lima.

No solo se trata de proteger el medio ambiente, sino de crear actividades productivas que sean sostenibles en el tiempo.

Es que la protección del medio ambiente nunca va sola. Es como pensar en salvar una mariposa en peligro de extinción sin considerar las características de la comunidad en la que vive esa mariposa. Eso no funciona. Se debe combinar la parte ambiental, la parte económica y la parte social. Ahí es donde se dan resultados.

Juntar esos tres factores es muy difícil.

Todo lo contrario: es facilísimo. Lo que sucede es que hay que empezar por algo, y eso significa viajar al sitio, interactuar con la gente, saber de su historia. Eso, para algunos, es hacer mucho trabajo. Pero yo no creo que sea difícil querer conocer a una comunidad o tomarse un tiempo para escucharla. Después de eso, no es vital invertir grandes sumas de dinero. Con poco se puede empezar muchas cosas. Ahí están las tres partes: lo económico, lo social y lo ambiental.

¿Cómo replicar experiencias exitosas en contextos tan diferentes?

El Perú es tan heterogéneo culturalmente, que lo que haces en Mórrope, en Lambayeque, no lo puedes repetir tal cual en Nuñoa, en Puno. Tal vez encuentres cosas comunes, pero cada grupo es distinto. Es como preguntarse cuál va a ser mi nivel de intervención en un lugar. A mí nunca me ha gustado hablar en esos términos. Se ayuda, pero no se interviene. Así fue en Nuñoa. Un día me encontré con Porfirio Enríquez y me contó su proyecto para confeccionar prendas con la fibra de la alpaca suri. Luego el SGP los financió, pero la idea nació de ellos.

¿Qué proyectos del SGP son los que más recuerda?

Son muchos y todos tienen valor. Nunca voy a olvidar a los alpaqueros de Nuñoa, a las algodóneras de Mórrope o a los productores de miel de abeja del bosque seco de Piura. Tampoco a la gente de Mantilla, en Cusco, que cultivaba y hacía destilados de plantas de arrayán. Cómo no recordar a los recicladores de metal que tenían su fundición en la ciudad de Huancayo o a las personas que levantaron un jardín botánico en Moyobamba.

¿Qué es lo que le llamó la atención de esos casos?

Que era gente muy humilde y sencilla, pero con muchas ideas y ganas. Una vez en Jayanca, en Lambayeque, los niños de las escuelas pintaron casi 20 mil pequeños algarrobos con yeso ya que así las cabras ya no se los comerían. Encontraron una solución sencilla a una situación que era grave. Eso es creatividad.

¿Esa creatividad con qué tipo de problemas suele encontrarse?

Con muchos, pero el principal, creo, es el del cliente final. Hacer cosas, por más buenas que sean, no significa que se vayan a vender solas. Quien produce debe tener concien-

cia de los gustos del cliente. Los peruanos, por ejemplo, no podemos exportar café tostado a los italianos porque ellos suelen tostar su café de una determinada forma. Y así les gusta. Por eso exportamos café en grano y no tostado. Las comunidades deben conocer su mercado, difundir sus productos e intentar llegar sin demasiados intermediarios. Si lo logran, no solo protegen el medio ambiente, sino que pueden salir de la pobreza.

¿Considera que la pobreza es un peligro para el medio ambiente?

La pobreza no, pero la ignorancia sí. Y pobreza no significa ignorancia. La cultura prehispánica logró muchas cosas siendo, desde un punto de vista, pobre. Eran ricos en conocimiento. Ahora hay comunidades que han perdido sus costumbres y no saben manejar sus suelos o controlar su agua. Hoy hay más gente en la sierra, pero se produce menos. Eso es por la ignorancia, la marginación y el engaño.

Una de las grandes ventajas del SGP es que se realizan muchos estudios antes de poner en marcha un proyecto.

Sobre todo, lleva a la formalización. La comunidad que recibe dinero tiene que estar en Registros Públicos, debe tener una cuenta bancaria. Se le dirige a la formalización y luego se le exige responsabilidades: administrar bien el dinero, estar bien organizados como comunidad.

¿El SGP es la gran prueba de que los grandes proyectos no son la única alternativa?

Lo pequeño es hermoso. Con poco se puede lograr mucho. Incluso aliviar la pobreza. Hay lugares que reciben un canon minero enorme y a pesar de ello su miseria continúa. Se construyen piscinas, coliseos de gallos, palacios municipales, estadios. Imagínate lo que se lograría si se le diera un millón de soles a los caseríos, teniendo en cuenta la experiencia del SGP. Con eso se les daría el alma.

3,6

MILLONES DE DÓLARES DESTINARÁ EL GEF AL SGP EN EL PERÚ PARA LOS PRÓXIMOS 4 AÑOS. ÉSTA ES LA SUMA MÁXIMA QUE FINANCIARÁ A ESTE TIPO DE PROGRAMAS.

¿El engaño?

Muchas veces se hacen promesas que son imposibles y las comunidades no tienen cómo saberlo. Aún recuerdo una ocasión en que, ya siendo ministro, visité la selva y unos dirigentes me exigieron que los ayudara a vender el *sacha inchi* que producían. Para llevarlo solo a Iquitos tardaba 7 días. Entonces pedían que se mandara un avión, ¿pero quién iba a pagar esos viajes? No había manera de que su producto llegara al mercado. Los habían engañado. Hay gente que inventa proyectos y empeora aún más la situación de muchas comunidades.

Una de las cosas que más sorprende es el nivel de compromiso al que llega cada comunidad.

Es que de eso se trata el SGP. Es increíble conocer las vicisitudes que se dan a partir de que se aprueba un proyecto. Todo lo que se origina detrás. Por eso el SGP tiene vida. Todos los proyectos tienen un espíritu que, sumados, hacen el espíritu del Programa de Pequeñas Donaciones. Eso lo han ido aprendiendo las comunidades, por eso se sienten responsables. Están comprometidas porque se han convencido de que con poco pueden lograr mucho. Lo pequeño sí que es hermoso. ■

PROYECTOS 1998-2010

EL SGP HA LLEGADO A CASI TODAS LAS PROVINCIAS DEL PERÚ

- | | | | |
|-------------------------------|------------------------------|---|--|
| 01 Borrachera | 36 Flora Nativa. II Etapa | 71 Gest. Ambiental. COPs | 99 Agricultura Urbana Ciudad de Gosen |
| 02 La Isilla | 37 Algodón Nativo | 72 Tsachopen, Oxapampa | 100 Loma El Manzano |
| 03 Locuto | 38 Motupe | 73 Reg. de Conocimiento y Biodiversidad | 101 Lomas el Lúcumo |
| 04 San Pedro de Casta | 39 Zaña | 74 Rec. Andinos Sacsamarca | 102 Capturadores Luminoso Cañete |
| 05 Jayanca | 40 El Cardo | 75 Plantas Nativas - Taray | 103 Semilla para Crecer VES |
| 06 Humedales de V.M. | 41 Ñomala | 76 Planificación Vilcashuamán | 104 Agricultura Urbana, TRINO - VES |
| 07 Majaz | 42 Progreso Bajo | 77 Progreso Bajo. II Etapa | 105 Educación Amb. I.E. Nicaragua |
| 08 Cultivos Andinos ERA | 43 Ayabaca | 78 El Porvenir Olmos | 106 Atrapanieblas - VMT |
| 09 Flora Nativa | 44 Chulucanas | 79 Vega Honda y Alto Galo | 107 Agricultura Urbana en la Zona de Tablada de Lurín VMT |
| 10 Viacha | 45 Chalaco | 80 Planificación Pasaje Norte | 108 Lomas Costeras Llanavilla - VMT |
| 11 Suche | 46 Tumbes | 81 Planificación Isla Blanca | 109 Ecoturismo en las Lomas de El Manzano Pachacamac |
| 12 Bosques Comunales | 47 Valle del Chao | 82 Ecoturismo R. N. Salinas | 110 Agricultura Urbana en la III Zona de la Tablada de Lurín - VMT |
| 13 Yanasha Planificación | 48 El Cañoncillo | 83 Manglares - Tumbes | |
| 14 Recicladores Planificación | 49 Viacha. II Etapa | 84 Pava Aliblanca - Laquipampa | |
| 15 Cultivo Andinos IINCAP | 50 Chutuque. II Etapa | 85 Honkopampa | |
| 16 Yurinaki | 51 Chogoyape. II Etapa | 86 Humedales de Villa María | |
| 17 La Montañita | 52 El Tubo. II Etapa | 87 Humedal de Manqoche | |
| 18 Shipibo Comibo | 53 Suri. II Etapa | 88 Alpaca Suri - Nicasio | |
| 19 Yanasha | 54 Quinua | 89 Bosque Queñuales Quillo | |
| 20 Recicladora | 55 Acos - Vinchos | 90 Totos | |
| 21 Thola | 56 Chanque - Tacna | 91 Algodón Nativo Mórrope | |
| 22 Charqui | 57 Puerto - Ilo | 92 Ciclismo Urbano - VMT | |
| 23 Suri | 58 Ecoturismo El Cañoncillo | 93 Ecoturismo en Lomas de VMT | |
| 24 Vicuña | 59 Algodón Nativo, Arbosol | 94 Agricultura Urbana - VES | |
| 25 Chongoyape | 60 Alpargate - Tongorrape | 95 Agricultura Urbana S. Gabriel - VMT | |
| 26 El Tubo | 61 Algodón Catacaos | 96 Seguridad Alimentaria VES | |
| 27 Saunas Planificación | 62 Molinos Pomata | 97 Forestación Urbana VMT | |
| 28 Cambio Climático | 63 Maravillas Nasca | 98 Plantas Medicinales Tablada de Lurín | |
| 29 Cocacama Cocamilla | 64 Reforestación Pischa | | |
| 30 Chutuque | 65 Camarón Lisahuacchi | | |
| 31 Avifauna | 66 Valle del Mantaro, EPRAM | | |
| 32 Paiche | 67 Frutales Nativos Chinchao | | |
| 33 Salas | 68 Shipibo Konibo, Ucayali | | |
| 34 Taruca | 69 Bosque de los Niños | | |
| 35 Monitoreo y Evaluación | 70 Educando Bella y Oro | | |

Regiones priorizadas para proyectos de planificación participativa

Áreas focales

- Biodiversidad
- Degradación de tierras
- Cambio climático
- Contaminantes Orgánicos Persistentes





184 Lampa (Puno)



60 Tongorrape (Lambayeque)



130 Jilití (Piura)



91 Mórrope (Lambayeque)

» El Programa de Pequeñas Donaciones del GEF/PNUD ha financiado proyectos en la costa, sierra y selva del Perú. A partir de las características propias de cada lugar, las comunidades se han organizado para crear actividades productivas aprovechando la biodiversidad de sus regiones.

- 111 FORTAQUI, Cañete
- 112 Planificación Hatun Condoray
- 113 Planificación Chancamayo
- 114 Cultivos Andinos, Huarapata
- 115 Alpacas - Pucará. II Etapa
- 116 Bosques Secos Pasaje Norte
- 117 Lemma Giba Lago Titicaca
- 118 Inka Muña Chulluchaca
- 119 Algodón Nativo Mórrope. II Etapa
- 120 Frutales Nativos Cangallo
- 121 Diversidad Biótica y Abiótica - Santa María
- 122 Alpaca Suri Sallca
- 123 COPs Mala
- 124 Escuela Desarrollo Sostenible
- 125 Apeproco
- 126 Frutales Nativos, Chota
- 127 Conservación Bosques Chiniamá
- 128 Tumbes. II Etapa
- 129 Alpaca Suri - Cojata
- 130 Bosque de Neblina Jilití Ayabaca
- 131 Bosques del Cautivo de Ayabaca
- 132 Especies Vegetales Nativas - Llacanora
- 133 Conservación de BD y disminución de COPs Valle del Mantaro
- 134 Agroforestería y Zootecnia en Pozuzo
- 135 Plantas Medicinales Cuenca del Cunas
- 136 Llama K'ara y Alpaca Suri - Melgar

- 137 Conservación El Papayo Tambogrande
- 138 Conservación de Cultivos Andinos - Anta
- 139 Conservación de Cultivos Andinos Orgánicos Carapampa
- 140 Biodiversidad y Artesanías - VES
- 141 Reforestación con Especies Nativas Parque Industrial - VES
- 142 Anima Barrios Pachacamac
- 143 Mujeres forestando en Pachacamac
- 144 Un Lunar Verde en Manchay
- 145 Educación Ambiental I.E. 6151 Luis Gonzaga SJM
- 146 Educación Ambiental I.E. San Juan - VMT
- 147 Agricultura Urbana Sector 3 G.27 - VES
- 148 Agricultura y Forestación Urbana - Virgen de Fátima - VMT
- 149 Agricultura Urbana San Francisco - VMT
- 150 Forestando la aridez de Chen Chen - Moquegua
- 151 Conservación de papas nativas - Paucartambo Cusco
- 152 Cultivo de tara en áreas degradadas - El Agustino
- 153 Conservación de papas nativas - Huancavelica
- 154 Conservación de bosques secos - Olmos Lambayeque
- 155 Recursos naturales Yauli Huancavelica
- 156 Plantas medicinales Lauricocha, Ayacucho
- 157 Papas nativas Tayacaja - Huancavelica

- 158 Plantas aromáticas, medicinales y tintóreas VES
- 159 Biohuertos y crianza de cuyes - Santa Rosa VMT
- 160 Reforestación especies nativas El Bosque Carabayllo
- 161 Forestación urbana Zona C - SJM
- 162 Agricultura urbana orgánica - José Galvez VMT
- 163 Biohuertos y crianza de cuyes - VES
- 164 Biohuertos ecológicos familiares - VES
- 165 Forestación con tara Esquivilca Alta, Cañete
- 166 Procesamiento agroindustrial frutícola - Cañete
- 167 Biohuertos comunales y abono orgánico Cañete
- 168 Conservación de cuyes, raza Perú - Cañete
- 169 Apicultura orgánica con mujeres - Condoray y Uchupampa
- 170 Hortalizas orgánicas San Juan de Yanac - Ica
- 171 Cuyes mejorados por agricultura orgánica Ica
- 172 Frutales orgánicos Valle de la Virgen de Topará - Ica
- 173 Conservación de la concha de abanico Paracas
- 174 Conservación de la concha de abanico - Ica
- 175 Cuyes y biohuertos familiares - San Andrés
- 176 Conservación del Humedal - San Andrés
- 177 Forestación urbana Ciudad de Dios, Paracas

- 178 Forestación y huertas familiares San Antonio - Ica
- 179 Biohuertos y crianza de animales menores - Ica
- 180 Producción orgánica de hortalizas y cuyes - Ica
- 181 Forestación con tara y huarango - Quebrada Cansa
- 182 Forestación del Bosque de Piedras - Parcona
- 183 Producción de Sacha Inchi - Chazuta y Shanao, San Martín
- 184 Alpaca Suri y Huacaya de color - Lampa, Puno
- 185 Bosques de neblina y plantaciones de café Piura
- 186 Alpaca Suri y Huacaya de color - Pichacani, Puno
- 187 Agricultura urbana por discapacitadas - VES
- 188 Agricultura urbana por discapacitados - VMT
- 189 Sistema agroforestal urbano - Huaycán
- 190 Catálogo de productos en base a la biodiversidad
- 191 Ecoturismo en la Quebrada Ilish Bichacoto - Junín
- 192 Manejo Sostenible de Bosques Mixtos de Colina - Piura
- 193 Recup. y Manejo Sostenible del Bosque Seco de Querpón
- 194 Reforestación de la Campiña - Challaguaya - Tacna
- 195 Conservación del Algodón de Color y de la Calabaza - Piura
- 196 Cultivo en cautiverio de Lisa - Los Palos del Litoral - Tacna

7 MILLONES DE DÓLARES APROXIMADAMENTE HA DIRIGIDO EL PROGRAMA DE PEQUEÑAS DONACIONES A PROYECTOS EN TODO EL PERÚ DESDE QUE SE ACTIVÓ EN 1998.

- 197 Agricultura Urbana y Crianza de Cuyes El Universo - SJM
- 198 Agricultura Urbana El Huerto Florido - VMT
- 199 Plantas ornamentales y forestales nativas - VMT
- 200 Agricultura y forestación urbana - IE No 158 - SJL
- 201 Agricultura urbana San José de Villa - SJM
- 202 Agricultura urbana Sol de Huaycán - Ate
- 203 Conservación Biodiversidad - Mórrope Mochumi - Lambayeque
- 204 Conservación de Papas Nativas - Pazos Tayacaja - Huancavelica
- 205 Conservación de Camarón de río - Río Sama - Sama Inclán Tacna
- 206 Conservación y Manejo Forestal - Paltarumi Pariahuanca - Junín
- 207 Recuperación de la Biodiversidad de Cucurbitáceas San José - Lambayeque
- 208 Conservación de la Macha - Playa Cerro Moreno - Tacna
- 209 Conservación Camarón Nativo - Fundo Aurora Locumba - Tacna
- 210 Gestión Participativa Biodiversidad de Granadillas Huancabamba - Pasco
- 211 Conservación de Biodiversidad - Río Pitumarca - Cusco
- 212 Catálogo de Productos en Base a la Biodiversidad
- 213 Conservación del Bosque de Neblina Caserío de Tamboya Piura
- 214 Turismo y Sistemas Agroecológicos Bosques de Udimá Lambayeque ■



COMITÉ DIRECTIVO NACIONAL

LA OTRA CARA DEL SGP

» **Primera fila (de izquierda a derecha):** Juan Torres, Teresa Gianella, Josefa Rojas y Luis Gómero, miembros del Comité Directivo Nacional (CDN).
Segunda fila: Emilia Bustamante, Coordinadora Nacional del SGP; Louis Masson, Presidente del CDN; y Jhulino Sotomayor, asistente del SGP.

En todos los países en los que se encuentra presente el Programa de Pequeñas Donaciones del GEF/PNUD (SGP), éste cuenta con la dirección y asesoramiento de un Comité Directivo Nacional que trabaja de forma *ad honorem* y que está integrado por un número variable de especialistas en temas de medio ambiente. En el Perú se cuenta con un Comité altamente especializado de ocho personas: mientras dos de ellas son representantes institucionales, el resto pertenece a la sociedad civil y han sido designadas a título personal.

El apoyo del Comité Directivo Nacional es fundamental para el SGP, si se considera la amplia experiencia de cada uno de sus integrantes: especialistas en zonas áridas, en los Andes, cambio climático, contaminantes orgánicos persistentes, camélidos sudamericanos, etc. Pero no solo eso, ya que sus miembros garantizan la transparencia del programa: en 1999, ellos decidieron por unanimidad no presentar proyectos al SGP, a pesar de que varios pertenecen a alguna ONG que bien podría calificar para ejecutar nuevas iniciativas.

De acuerdo a la disponibilidad de sus recargadas agendas, participan en las visitas de seguimiento a los proyectos. Todos cuentan con el mismo espíritu solidario y colaborador de aunar esfuerzos y conocimientos para lograr un país ambientalmente sostenible, que reporte beneficios ambientales globales y locales, al mismo tiempo que se apoya al logro de los Objetivos del Milenio, principalmente la disminución de la pobreza. En ese sentido, el Perú posee uno de los comités más especializados del SGP en el mundo, así como la cartera de proyectos más amplia y variada. ■

Miembros del Comité Directivo Nacional del SGP:

NOMBRE	INSTITUCIÓN
Louis Masson (Presidente)	ONG Naturaleza, Ciencia y Tecnología Local (NCTL)
Teresa Gianella	LEISA Revista de Agroecología
Luis Gómero	Red de Acción en Alternativas al uso de Agroquímicos (RAAA)
Fernando Hilbck	Unión de Cervecerías Peruanas Backus & Johnston S.A.A.
Josefa Rojas	Comunidad Andina (CAN)
Juan Torres	Universidad Nacional Agraria La Molina (UNALM)
Antonio González	Ministerio del Ambiente (MINAM)
James Leslie	Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)

EMILIA BUSTAMANTE GUERRA

Coordinadora Nacional del Programa de Pequeñas Donaciones en el Perú

LA DAMA DE LA ECOLOGÍA



Una de las grandes fortalezas del Programa de Pequeñas Donaciones es que es administrado por muy pocas personas. Eso evita la burocracia sinfín y permite que las ideas directrices lleguen claramente a las comunidades más alejadas. Emilia Bustamante no solo es la Coordinadora Nacional del SGP en el Perú casi desde sus inicios, sino también la testigo clave para explicar el ingenio y el entusiasmo provocado por este programa en muchas zonas pobres del Perú. **¿Cómo se convence a cientos de campesinos de que protejan los recursos naturales del lugar en el que nacieron?**

Desde mayo de 1999, Emilia Bustamante viaja mucho. Y conoce personas, pueblos, costumbres. Ella es la segunda Coordinadora Nacional que ha tenido el SGP en el Perú y, luego de 11 años de trabajo, la que conoce el programa tan bien como una algodonera de Mórrope conoce el bosque seco de Lambayeque o un alpaquero de Nuñoa conoce las heladas llanuras de Puno. Respeto, humildad, sacrificio y toneladas y toneladas de trabajo son los conceptos que suele repetir cuando explica el éxito del Programa de Pequeñas Donaciones, el cual ha invertido hasta el momento cerca de 7 millones de dólares en pequeños proyectos en todo el país. Es conciente de que es imposible llegar a todos los pueblos y caseríos pobres del interior del Perú, pero le tranquiliza saber que el impacto del programa está generando que otras comunidades sigan como modelo a las asociaciones beneficiarias. “Realizamos cosas tangibles y, en ese proceso, promovemos estilos de vida sostenibles”, afirma. En pleno siglo XXI, no hay otra forma de concebir un país como el Perú si no es protegiendo el medio ambiente.

¿Cuál es el objetivo principal del Programa de Pequeñas Donaciones?

El SGP es una iniciativa del Fondo del Medio Ambiente Mundial y del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo que busca, sobre todas las cosas, conservar el medio ambiente a nivel global, mitigar el cambio climático y prevenir la degradación de tierras. Al mismo tiempo que se alivia la pobreza y la comunidad se convierte progresivamente en protagonista de su propio desarrollo.

¿Qué herramientas utilizan para lograr ese objetivo en las comunidades beneficiarias?

Financiamos pequeños proyectos basados en actividades productivas que protegen la biodiversidad del Perú. Así se vuelven sostenibles en el tiempo. Es enseñarles a pescar y no darles el pescado. Son proyectos que nacen en el interior de las mismas comunidades. Luego brindamos capacitaciones técnicas, organizamos ferias, educamos a los campesinos en sus derechos.

A través de un estudio de línea base se conoce la problemática de un pueblo y su situación económica, social y ambiental. A partir de esta investigación se puede identificar y comprobar los beneficios que obtiene la comunidad antes de finalizar el proyecto.

¿Al estar una comunidad mejor organizada también se origina una mejor convivencia?

Claro. Hay más respeto. Por ejemplo, en un proyecto de Cusco en donde se criaban suches, al inicio eran solo hombres. En nuestra primera visita las mujeres únicamente servían la comida. Cuando llegamos la segunda vez, algunas señoras ya intervenían en las conversaciones. A la tercera visita, ellas ya estaban integradas al proyecto, el cual se había convertido en un trabajo de todos. A veces uno encuentra desde discrepancias hasta simpatías, y esos son problemas que los proyectos de alguna manera también ayudan a resolver.

Una de las grandes ventajas del SGP es que la financiación llega directamente a las comunidades.

Un programa mediano o grande puede tardar más de un año en activarse. Si es pequeño, en seis meses ya puede estar aprobado. Eso crea rápidamente cultura de cómo organizarse, de cómo utilizar conscientemente esa financiación. Lo que intentamos también es que el dinero se invierta en la misma comunidad: si se gasta en otra zona se debe justificar por qué ha sido así. Por otro lado, cuando hay capacitaciones, recomendamos que las mismas mujeres preparen el refrigerio y que se roten en esa tarea. De esa forma también les llega dinero a ellas.

¿Hasta qué medida los pobladores llegan a sentirse orgullosos de su entorno?

No es que nosotros lleguemos y les digamos esto es bueno y esto otro no. Los vamos capacitando y ellos adoptan esos conocimientos a partir de su contexto. Lo importante es que con cada proyecto iniciamos un proceso de desarrollo único, pues cada uno es diferente al otro. Después de las capacitaciones ellos solos analizan su realidad desde otra perspectiva, y los motivamos a unir el pasado con el presente.

¿Unir pasado y presente?

Así es. Por ejemplo, cuando conocimos a los artesanos que hacían muebles de junco, nos dijeron que no querían capacitaciones porque, finalmente, ellos se consideraban los mejores en su oficio. Entonces les hicimos ver que siempre hay algo por aprender. Si yo fuera cliente me gustaría poder desarmar el mueble y llevarlo cómodamente a mi casa. Eso era algo que no hacían. Otro caso es el de una comunidad que trabajaba con plantas medicinales. Por siglos una hierba puede haber curado de la gripe a los habitantes de un pueblo, pero nosotros creemos que es necesario saber por qué cura, qué propiedades posee. Entonces se hizo un análisis científico para tener fundamentos reales y comercializarla mejor. Eso es unir el pasado con el presente.

Se da una constante retroalimentación entre el SGP y los proyectos.

Si no fuera así sería no respetar sus intereses y costumbres. Y ellos mismos se dan cuenta de eso, lo que les hace sentirse más fuertes y con más confianza. Lo que es muy bueno ya que luego, con más seguridad, hablan con los gobiernos locales para pedir agua, luz, servicios. Pero ahora hay posibilidades de pago, que es un factor fundamental a la hora de negociar. Ya no esperan a que las cosas lleguen del cielo, sino que luchan por éstas. Hemos conocido a personas muy jóvenes que han ido madurando con el programa. Cómo han ido creciendo como personas.

¿Cuántos proyectos existen en la actualidad?

Desde 1998 se han ejecutado 214, pero activos, en este momento, son aproximadamente 80. Los que han finalizado, sin embargo, mantienen lazos y contacto con nosotros. Existe como una alianza tácita de por vida. No tenemos presupuesto para hacer seguimiento luego de que finalizó un proyecto, pero no por ello los dejamos desamparados.

¿Cuántos proyectos postulan anualmente al SGP?

Entre 400 y 500 proyectos. Varían por la cantidad de conferencias regionales que podamos dar. Cada vez que sacamos la convocatoria damos conferencias y revisamos cada propuesta. Nosotros somos el primer filtro. Luego el Comité Directivo Nacional realiza una evaluación final para determinar qué proyectos se aprobarán.

¿Cómo está conformado este Comité?

Son 8 miembros altamente especializados. Tenemos especialistas de zonas áridas, zonas alto andinas, zonas amazónicas. Y es un trabajo *ad honorem*. Viajan al campo con nosotros para hacer el seguimiento. Es más, muchas veces viajan por sus trabajos y me preguntan si es necesario hacer algún seguimiento en el lugar que visitarán. Están muy comprometidos. Ellos, por iniciativa propia y para darle transparencia al SGP, no presentan proyectos, ya que muchos son parte de alguna ONG. En otros países eso sí sucede.

¿Tienen convenios con la empresa privada?

Desde 2008 tenemos un convenio con Asociación Atocongo, la empresa de responsabilidad social de Cementos Lima. Con ellos hemos financiado 40 proyectos aproximadamente.

Hace pocos años algunos proyectos fundaron la Asociación de Pequeños Productores Ecológicos para ayudar a comercializar sus productos.

La figura de Apeproeco es muy importante, pues ahora pueden comercializar de manera organizada y todos unidos. Apeproeco permite que se fortalezcan al certificar y organizar ferias en forma conjunta. También distribuye responsabilidades y así no siempre tienen que esperar que alguien organice las cosas por ellos.

Poco a poco están logrando dar ese otro gran paso que es la comercialización.

Al estar interconectadas las asociaciones se fortalecen unas a otras. Y no sienten que la comercialización sea una experiencia en solitario. Ahora juntas buscan e ingresan al mercado. De esta manera, indirectamente, los proyectos del Programa de Pequeñas Donaciones también están fortaleciendo a las familias. Al generar una fuente de ingresos, los padres no deben abandonar sus comunidades y dejar a sus esposas e hijos durante varios meses. Si venden más sus productos, tienen mayores ingresos y no se ven obligados a buscar trabajo en lugares lejanos. No dejan el pueblo donde nacieron.

214 PROYECTOS DE DIFERENTES PARTES DEL PAÍS HAN SIDO FINANCIADOS POR EL PROGRAMA DE PEQUEÑAS DONACIONES EN 12 AÑOS DE TRABAJO.

¿Por qué son tan importantes las ferias que organizan en distintos lugares del Perú?

Un gran factor en contra es que la mayoría de peruanos no conoce las bondades de muchos de estos productos. No entienden por qué se debe pagar un poco más. Nos falta educar a los consumidores y por eso se hacen ferias. Son importantes también ya que en éstas se conocen las asociaciones e intercambian experiencias. Luego de cada feria se quedan uno o dos días más en el lugar y se capacitan en distintas áreas: marketing, sistematización de información, facturación. Y los temas nacen de ellos mismos. En muchos casos no solo entablan amistad, sino relaciones comerciales.

¿Qué es lo que más le ha sorprendido de las comunidades?

Que cada una interioriza de forma distinta los conocimientos y los ponen en práctica dependiendo su contexto. Por ejemplo, las comunidades del Cusco que criaban suches hicieron piscigranjas totalmente distintas. Las que usaban agua de pozo diseñaron andenes para que ésta se oxigenara y los peces no se murieran. Otras utilizaron agua dulce o agua de río. Cada una llegó al objetivo por caminos diferentes. También me sorprende el emprendimiento que poseen. Un caso muy especial es el de la empresa comunal Santa María de Locuto, en Piura, la

CUANDO LA UNIÓN HACE LAS VENTAS

Creada en 2007 como una iniciativa más del SGP, Apeproeco es una asociación que agrupa proyectos exitosos de Piura, Lambayeque y Puno. Aún es pequeña, pero ya sueña con inaugurar tiendas, volver famosa a su marca y dar el gran salto a la exportación.

“ Al final solo pudimos entregar dos toneladas y media de harina de algarrobina, sin embargo fue un gran paso el que dimos. Ese pedido desde Europa fue lo que comenzó todo, ya que nos llevó a unirnos”. Así recuerda Damis Zegarra, actual gerente de Apeproeco, los inicios de esta asociación.

Era finales de 2006 cuando Albino Vicente, presidente de la empresa comunal Santa María de Locuto, en Piura, recibió un inesperado pedido de 10 toneladas de harina de algarrobina desde Italia. Cumplir con la tarea en solitario era imposible. Entonces se lo comentó a Emilia Bustamante, Coordinadora Nacional del SGP en el Perú, y ambos contactaron a otras dos asociaciones de esa provincia que producían algarrobina y que, al igual que ellos, trabajaban con el SGP. Aquella vez no se llegó a la meta, pero fue una gran lección para todos. A partir de ese día se formó una pequeña red que con los meses fue creciendo: a los proyectos de Piura luego se les unirían dos asociaciones de Lambayeque que incentivaban también la conservación del bosque seco produciendo miel y algarrobina. Con esos cinco primeros proyectos –y con Albino Vicente como presidente– se creó Apeproeco en 2007 con el financiamiento del SGP.

Los objetivos de la asociación son ampliar la base productiva, certificar en conjunto, estandarizar los procesos productivos, realizar capacitaciones permanentemente y comercializar los productos.

Hoy Apeproeco reúne a nueve asociaciones y recibe ayuda del SGP a través del proyecto “Promoción y fortalecimiento de la Asociación de Pequeños Productores Ecológicos para

conservar y comercializar productos de la biodiversidad peruana”. Una biodiversidad que contempla desde iniciativas en Puno que defienden la conservación de la alpaca suri de color hasta proyectos en Lambayeque que están rescatando el algodón nativo de su región.

¿Pero qué significa, en el caso de Apeproeco, aquello de que la unión hace la fuerza?

En Piura, Lambayeque y Puno se siguen modelos y esquemas de organización similares, pero teniendo en cuenta las características propias y los productos que cada lugar posee. Apeproeco ha servido para estandarizar los precios de las diferentes asociaciones, crear mejores formas de organización y replicar experiencias exitosas: se lleva un registro exhaustivo de todo y se comparte conocimientos con socios de otros proyectos. Se asiste a ferias en distintas partes del país y se brindan capacitaciones. También se han estandarizado los porcentajes de las ventas desde 2009: una parte cubre gastos de producción (envases, etiquetas, etc.), otra va a la asociación correspondiente y otra se dirige a Apeproeco.

“La meta es abrir una tienda en Lima que exhiba todos nuestros productos para 2012. Y utilizar internet como medio de venta. A inicios de este año hemos creado también la marca Piolam’s, que ya está registrada en Indecopi”, cuenta Damis Zegarra.

Para un comerciante producir sin tener clientes puede ser un despropósito tan grande como para un payaso contar chistes sin público. Por ello uno de los fines últimos de Apeproeco es que el aislamiento que ha sufrido cada proyecto no juegue en su contra más de lo que ya ha jugado. ■

Apeproeco está conformada por los siguientes proyectos del SGP:

- » EMPRESA COMUNAL SANTA MARÍA DE LOCUTO (TAMBOGRANDE, PIURA)
- » ASOCIACIÓN DE VIVIENTES DEL CASERÍO DE CHUTUQUE (SECHURA, PIURA)
- » ASOCIACIÓN DE DESARROLLO MARÍA DE LOS ÁNGELES SANTIAGUERO-VEGA HONDA-ALTO EL GALLO (CHULUCANAS, PIURA)
- » ASOCIACIÓN DE PROTECCIÓN DE LOS BOSQUES SECOS DEL CASERÍO DE CHOLOQUE (TONGORRAPE, LAMBAYEQUE)
- » ASOCIACIÓN DE ARTESANAS DE ARBOSOL Y HUACA DE BARRO (MÓRROPE, LAMBAYEQUE)
- » ASOCIACIÓN DE APICULTORES RURALES DEL CASERÍO DE EL PORVENIR (OLMOS, LAMBAYEQUE)
- » ASOCIACIÓN DE APICULTORES PASAJE NORTE (OLMOS, LAMBAYEQUE)
- » ASOCIACIÓN DE CRIADORES DE CAMÉLIDOS ANDINOS-ILLA (PUNO)
- » ASOCIACIÓN ARTESANAL SURI PAQUCHA-NUÑO A ASARSUPAN (PUNO)

Página web: www.apeproeco.com

Correo electrónico: apeproeco2007@yahoo.es

Teléfono: (073) 202-827

Celular: (073) 9688-26897

cual se enteró hace muchos años de que el SGP estaba trabajando para certificar la apicultura orgánica y quiso postular. Pero el proyecto en Locuto ya había finalizado. No les importó y ellos mismos dieron de su plata. Nos certificamos de manera conjunta. Cada proyecto es una experiencia única y eso es muy interesante.

El Perú es uno de los países con la mayor y más diversa cartera de proyectos del Programa de Pequeñas Donaciones en el mundo.

¿Qué ha sido lo más difícil en todo este tiempo dirigiendo el SGP?

Que muchas personas no entiendan hacia dónde está orientado el trabajo. Otro tema muy delicado es cuando un proyecto que ha avanzado muy bien de pronto fracasa por cambios en su directiva. Pero todo eso se compensa con la satisfacción que se siente al ver la alegría de la gente. A veces con 20 mil o 30 mil soles se pueden hacer muchas cosas.

Debe de ser complicado supervisar que el dinero se utilice correctamente.

Eso siempre lo tenemos presente. Aunque ahora hay una gran diferencia: todos han entendido que nos pueden engañar en la rendición de cuentas, pero, al final, eso es engañarse a ellos mismos ya que va en desmedro de sus familias. Saben que ese dinero es para su comunidad y por eso lo usan para lograr su desarrollo. Saben que está en juego su futuro. ■

EL TIEMPO DE LOS COLORES

LA INCREÍBLE HISTORIA DEL REGRESO
DE LA ALPACA SURI A LAS ALTURAS

Crónica: Xabier Díaz de Cerio
Fotografía: Enrique Castro-Mendivil

Diferentes comunidades de Puno han desarrollado creativos proyectos que están salvando de la extinción a este singular camélido. Los alpaqueros buscan que la industria textil deje de menospreciar su fibra por ser de color y que el mercado cotice a un precio justo su lana de gran calidad. Es decir: que la alpaca suri cree desarrollo en donde no lo hay. **¿Podrá una raza de alpaca del pasado cambiar el futuro de cientos de familias pobres del altiplano peruano?**



Finalmente nació a las 10:37 de la mañana. La madre se puso de parto en mitad de la puna, mientras un grupo de pastoras de la comunidad de Suatía arreaban, ladera arriba, un rebaño de más de cien alpacas. En segundos, la cría dejó ver una de sus delgadas patas traseras: venía volteada.

Samuel Quispe, en su primer día de trabajo como técnico agropecuario en la zona, cruzó la mirada con Santusa Cutipa, la dueña del rebaño. En ese momento la alpaca gestante ya se movía nerviosa. Remangándose la chompa hasta el codo, Samuel se acercó decidido a sacar a la cría de sus entrañas. Rápidamente introdujo el brazo con la precisión de quien lo ha hecho decenas de veces, y con dos o tres movimientos reacomodó su cuerpo en el vientre. Aunque no era tan sencillo: las alpacas son bastante susceptibles a la mano humana. Por ello, cuando son ayudadas en el parto pueden terminar incluso desconociendo a su cría. A pesar de esto, la pequeña y frágil alpaca asomó por fin la cabeza; el resto del cuerpo fue cuestión de segundos.

—Ahora tienes que ponerle un nombre —dijo Santusa, dirigiendo su mirada hacia mí.

—¿Cómo se dice “frío” en quechua? —pregunté.

—Aquí decimos *chiri*.

—Entonces se llamará *Chiri Wayra*.

“Aire frío”, en recuerdo de la ventisca que como cuchillo afilado corría en ese momento, de sur a norte, por las laderas descarnadas y apenas pobladas de *ichu* y *chillihua*, en Suatía, a más de 4.300 metros sobre el nivel del mar, cerca de Palca, en la provincia puneña de Lampa.

Chiri Wayra representa sin duda las preferencias de la industria textil nacional e internacional: una alpaca de raza huacaya, con una fibra fácil de hilar en las modernas máquinas de nuestros días. Y, además, blanca, perfecta para ser teñida artificialmente de los colores que anualmente propone la dictadura de la moda. Si supera el invierno en el que tardíamente nació, tendrá el futuro asegurado. Antes de los 12 meses será esquilada por primera vez y su fibra más fina se destinará a la confección de sofisticadas prendas de exportación.

Pero el ciclo de vida de alpacas como *Chiri Wayra* es solo una parte de esta historia. La cara menos conocida en este tipo de relatos suele ser el de sus “primas-hermanas”, las alpacas de raza suri. Si bien hasta hace pocos años una alpaca suri de color tenía todas las papeletas para terminar vendida a un camal como carne, el poco aprecio por ellas viene de mucho antes: una especie de *apartheid* comenzó hace 150 años en el seno de las grandes haciendas ganaderas, el cual se retomó con fuerza hace casi cuatro décadas, cuando la industria, despreciando los colores naturales, terminó por blanquear la cabaña alpaquera de los Andes.

COMIENZOS INCIERTOS

Actualmente, Puno, el primer departamento alpaquero del Perú, tiene 1.161.867 cabezas de ganado, de las cuales 94% son de raza huacaya y el 6% de raza suri. De estas últimas, menos del 1% son de color. “Las alpacas suri de color solo existen como lunares dentro de nuestros re-

baños de alpacas blancas”, reflexiona Porfirio Enríquez, alpaquero y coordinador de la Asociación de Criadores de Camélidos Andinos (Acrican Illa), que desde 2002 busca salvar de la extinción a estas alpacas de color por ser consideradas parte importante de la biodiversidad y del frágil ecosistema andino. Un grupo de 14 familias y 3 centros comunales, todos criadores de alpacas del distrito de Nuñoa, comenzaron hace 8 años el entonces quimérico proyecto de promover la crianza y su uso sostenible. Los comienzos fueron difíciles y llenos de incertidumbre.

Pero Porfirio no ha transitado estos años en solitario. Ha encontrado en su padre el apoyo y la experiencia de quien tuvo la misma convicción en las primeras décadas del siglo pasado. “Ser alpaquero es una forma de vivir y de sentir”, comenta desde la autoridad que le dan sus 95 años. Cuando Juan Enríquez era el único criador que apostaba por los ejemplares suri de color, sus compañeros le creían loco y trasnochado; su esposa Rosa, también. Pantalón de jeans, botas de cuero, sombrero de ala ancha de estilo texano con un repujado de alpacas y vicuñas a su

» Eginio Ccopa pastorea sus alpacas en las pampas de Huacochullo, a 4.800 metros sobre el nivel del mar. Su fibra está considerada como la más fina y de mejor calidad de Laraqueri, en las alturas entre Puno y Moquegua.

alrededor que indica que no estamos en el lejano oeste sino en las extensas pampas altiplánicas. Su mirada es clara, tan clara y honesta que hace pensar que este hombre siempre confió estar en el camino correcto. Que de loco, nada. En 1942 se presentó con un fabuloso ejemplar de alpaca suri en la feria ganadera internacional de Lima y logró el primer puesto. Después continuaron los éxitos como productor con más de 50 premios y reconocimientos que ahora compiten, entre estampas de la Virgen del Pilar y carteles taurinos (su otra pasión), por un espacio en las abarrotadas paredes del salón principal de la estancia familiar. Siempre mantiene un espacio vacío pendiente de lo que aún pueda venir.

—¿Por qué apostar por una raza en la que nadie creía?

—Mi padre siempre tuvo fe en la alpaca suri. De él aprendí que la conformación del animal es perfecta: sus cuartos traseros fuertes, su cuello erguido, la altura hasta la cruz precisa; y sobre todo la calidad de su fibra.

—¿Qué tiene de especial esa lana para dedicarle toda una vida?

—Su fibra es la mejor: es extraordinariamente lustrosa, resbaladiza y flexible. Es semejante al cachemir más fino y a la fibra de la cabra angora. ¡Es que parece seda! —exclama con voz emocionada.

Efectivamente esa lana tiene un brillo especial, casi el mismo brillo que enciende la mirada de Juan Enríquez cada vez que se refiere a ella: la fibra de alpaca suri está considerada, después de la fibra de vicuña, como la más fina de entre los camélidos. El secreto de su brillo natural es la suarda, una grasa natural que el animal segrega por todo el cuerpo, que lo hace resistente al frío e impide que penetre la lluvia mientras permanece en alturas extremas. Otro punto a favor es que, desde el blanco hasta el negro oscuro, se han registrado 22 tonos de fibra diferentes: canela, gris perla, café, colores altamente buscados en un cada vez más pujante mercado de productos orgánicos.

Con semejantes bondades son ya varios los pequeños criadores que han dado un paso al frente y, no sin temor, han comenzado a ver a esta raza como una alternativa interesante en un escenario donde el precio-fibra está injustamente devaluado. Juan, al que todos consideraban loco hace algunas décadas, ya no está solo.

ALPACA Y POBREZA

“Durante mucho tiempo consideramos que las alpacas de color no era finas, que su fibra no tenía precio y por eso las



» La fibra de la alpaca suri es, después de la fibra de vicuña, la más fina de entre los camélidos, destacando su brillo y sedosidad únicos.

matábamos”, comenta Marcelo Ccama, un alpaquero de la comunidad de Japo, a una hora por trocha de Cojata, cerca de la frontera con Bolivia.

Marcelo pertenece a este reducido grupo de campesinos empeñado en recuperar los ejemplares de color. Mientras sus tres hijos estudian en la capital del distrito, él sobrevive en una cabaña a 4.800 metros sobre el nivel del mar, junto al bofedal donde diariamente pastan sus al-

De las 68.251 alpacas de raza suri registradas en el departamento de Puno actualmente, solo 12.970 son de color.

pacas. “Mi abuelo y mi padre fueron alpaqueros. Yo ahora también lo soy, pero mis hijos ya no quieren serlo. Vivimos en extrema pobreza”.

Hace 15 años, cuando la industria quiso blanquear los rebaños de alpacas, una libra de fibra blanca —450 gramos aproximadamente— se vendía a 25 soles, mientras que la de color no superaba los 10 soles. Los pequeños productores cambiaron paulatinamente sus alpacas oscuras por



» El criador, convencido de las bondades de la alpaca suri, junto a su esposa Rosa y tres de sus hijos: Porfirio, Eloy y Santiago, quienes continúan la aventura comenzada por su progenitor hace más de setenta años.

Sin embargo, a pesar de su pobreza, Marcelo se siente orgulloso de su todavía reducido número de alpacas de color (una quinta parte de su rebaño). Observarlas pastar desde su atalaya rocosa lo remite irremediablemente a su niñez, cuando no levantaba un palmo del suelo y ya tenía la responsabilidad de cuidarlas, muchas veces junto a su taita, en cuyo rebaño sí predominaban los ejemplares marrones y negros.

Modesto Huamán, alpaquero de toda la vida, comparte el mismo sentimiento en Nuñoa, aquel lugar donde el Programa de Pequeñas Donaciones inició la recuperación de la alpaca suri. Cree que apostando por las alpacas de color está recuperando “las costumbres antiguas de nuestros abuelitos”.

Con parte del dinero desembolsado por el GEF/PNUD, la Asociación de Criadores de Camélidos Andinos (Acrican Illa),



» Juan Enríquez en un concurso ganadero en la década de los 40', cuando ya presentaba ejemplares de alpaca suri.

otras blancas esperando mejorar sus ingresos. Después los precios se desplomaron. Actualmente los intermediarios o “compadres” que visitan las comunidades pagan por cada libra 4 soles; la de color la cotizan a la mitad. Las matemáticas pueden ser crueles: teniendo en cuenta que una alpaca produce, en promedio, el equivalente a 4 libras de fibra por esquila y que un pastor tiene entre 80 y 150 alpacas, sus ingresos anuales por la venta de fibra difícilmente superan los 1.600 soles.

La crianza de alpacas permite la sobrevivencia de al menos 190.000 quechuas y aimaras de diversas zonas de Puno.

—Disculpe, Marcelo, ¿pero con 1.600 soles usted puede vivir y pagar los estudios de sus hijos?

—No.

En la boutique de lujo *Old England*, en pleno *Boulevard des Capucines*, una de las zonas más exclusivas del centro de París, una chalina (aproximadamente unos 100 gramos de fibra) de una vuelta y treinta centímetros de ancho se vende desde 350 euros. Las más grandes alcanzan los 600 euros (unos 2.400 soles).

de la que Modesto es socio, ha adquirido 180 ejemplares de alpaca suri que han sido asignados a diferentes criadores para que aumenten la cantidad de alpacas de color de sus rebaños y evitar así su desaparición. De entre sus doscientas alpacas destaca Panchita, un ejemplar fuera de serie, de manto gris marengo, que lidera un reducido grupo de élite, al que el pastor entrena y prepara para competir en concursos locales y regionales. Las competencias son una gran motivación para estos pequeños criadores.



—Que uno de tus machos logre ser “campeón de campeones” significa obtener ingresos extra porque otros criadores buscarán empadarlo con sus hembras —comenta Modesto, mientras muestra orgulloso las quince o veinte escarapelas que hablan de sus éxitos pretéritos—. Es increíble, pero antes en estas pampas abundaban las alpacas de color; luego las desaparecimos.

No es solo un tema de vender “empadres”, sino de mejoramiento genético de la especie. Santiago Enríquez lo tiene claro. Hijo también de Juan “el loco”, visita a diario la cabaña alpaquera donde su familia tiene un creciente número de alpacas suri de color. El mayor placer de este médico veterinario es sentarse en cualquier sitio de la puna y observar cómo engordan sus crías. Confiesa que lo que más le gusta de sus caminatas es descubrir cuando estas *uñapacocha* se juntan en la parte alta de los cerros y comienzan a corretear de arriba a abajo sin parar.

—Santiago, ¿qué es lo más difícil de ser alpaquero?

—Los criadores tenemos que saber comprender a nuestras alpacas una por una. La vida de la alpaca es una locura. A diferencia de las ovejas, las alpacas son muy inteligentes y enseguida perciben cómo somos las personas. Estoy convencido de que el pastoreo es una cuestión de confianza entre uno y el animal.

TECNOLOGÍA CON TRADICIÓN

La altitud y la calidad de los pastos andinos son en buena parte las responsables de la merecida fama que tiene la fibra de alpaca peruana. Sin embargo, no se puede dejar todo en manos de la naturaleza y el futuro inmediato pasa por tener una visión mucho más tecnológica de la actividad ganadera. Santiago Enríquez cree que para lograr su mejoramiento genético, la crianza debe profesionalizarse mucho más.

—Si queremos entrar al mercado internacional es fundamental que apostemos por una tecnología casi inexistente hoy en el altiplano.

—¿Cómo crees que se podría mejorar en ese aspecto?

—Países como Estados Unidos, Australia o Nueva Zelanda tienen una deuda moral con el campesino del Ande —dice Santiago, y no tarda en lanzar argumentos—. Hace 15 años fueron los receptores, a iniciativa del gobierno peruano de



» Los criadores del Ande han sabido mantener una tradición ancestral a pesar de las presiones de la industria y la falta de recursos con los que cuentan, en condiciones extremas por encima de los 4.500 metros sobre el nivel del mar.

Dos libras de fibra de alpaca tienen en el mercado un precio de 16 soles. Una chompa que utiliza esa cantidad de lana, con el valor añadido del artesano, puede llegar a los 100 soles.

entonces, de una gran cantidad de los mejores y más finos ejemplares reproductores. En poco más de una década estos países han sabido mejorar la calidad de la fibra de sus alpacas notablemente supliendo el tema de la altitud con desarrollo tecnológico. Ahora deberían poner a disposición su conocimiento y sus laboratorios. La contraparte estaría a cargo del Perú, que pondría sobre la mesa su incalculable banco de germoplasma.

Desde 1995, los diferentes gobiernos permitieron salir a decenas de miles de alpacas pensando que su venta en los

mercados internacionales iba a solucionar de un plumazo la pobreza del pequeño y deprimido criador. Mientras que en el Perú un buen ejemplar se cotizaba a 500 soles, en el extranjero alcanzaba fácilmente los 1.200 dólares. La medida fue pan para hoy y hambre para mañana. En 2004 un nuevo decreto restringió otra vez su salida, pero el daño ya estaba consumado. Se calcula que fuera del Perú existen 500 mil alpacas y la cifra aumenta cada año. “La alpaca ya no es un patrimonio del Perú; ahora lo es del mundo. Tenemos que comprender esta circunstancia para comenzar a trabajar



organizadamente en esa línea. Si no, tecnológicamente nos van a sacar la mugre”, se molesta Santiago. “Vamos a perder sogas y cabra”. O más bien alpaca.

Hasta ahora los tibios intentos por profesionalizar la actividad han corrido por cuenta de instituciones y ONG que han capacitado al campesino en la administración de vitaminas y medicamentos contra, por ejemplo, la temida enterotoxemia, que ataca a las alpacas en sus primeros meses de vida mermando brutalmente los rebaños.

—Teniendo en cuenta que los criadores ganan unos 1.600 soles al año, ¿estos tienen realmente recursos para comprar medicamentos para sus alpacas?

—En realidad, no —confiesa Rolando Añamuro, coordinador del programa en la zona de Cojata.

Los pequeños criadores no tienen ni la costumbre ni la plata para hacerlo. Y esto se repite en diferentes zonas del altiplano:

—Los veterinarios se han preocupado de la salud de las alpacas mediante medicinas, pero se han olvidado de nosotros, de la salud de las comunidades alpaqueras que vivimos en situación de pobreza crónica —comenta, por su lado, Fernando Lima, un joven alpaquero del distrito de Condurini.

El modelo de la cadena productiva ha asignado a personas como Fernando el papel de simple pastor de alpacas abandonado en la puna, sin mayores posibilidades para aprovechar en beneficio propio y de su familia las enormes potencialidades de la fibra que históricamente produce. Últimamente las comunidades se han conformado con vender la fibra sin un valor añadido, olvidándose incluso de tejer como antaño.

Mientras que la Sociedad Británica de la Alpaca obtiene de un animal 4 kilogramos de fibra por año, con un promedio de finura de 20 micrones, los alpaqueros en el Perú están consiguiendo 1,5 kilogramos por año, con 25 micrones en promedio de finura.

Desde hace décadas el altiplano estigmatiza la fibra de su principal camélido. Hoy en día vestir con prendas de alpaca es sinónimo de pobreza y por eso los trajes tradicionales son rechazados sistemáticamente, especialmente por hombres y jóvenes. Lucas Ramos, artesano de Laraqueri, teje a diario los chullos y chalinas que luego vende a los turistas que visitan Puno y, sin embargo, viste pantalón de algodón, casaca de cuero y en su cabeza luce una flamante gorra de *Los Angeles Lakers*.

» **Arriba:** Modesto Huamán cría alpacas suri en Guanacopampa, cerca de Nuñoa. Tiene 40 ejemplares de color que prepara para concursos, una fuente de ingresos adicional a la deteriorada venta de fibra. **Abajo:** Santa Francisca Manzano recorre todos los días varios kilómetros buscando los mejores pastos altoandinos para sus alpacas en Laraqueri.



La alpaca suri produce un alto porcentaje de fibra limpia que, después de procesada, alcanza entre el 87% y 95% de rendimiento. La lana de oveja alcanza entre el 43% y el 76%, en el mejor de los casos.

—Nos han acostumbrado a vestirnos de “plástico” —comenta jalando el cuello de su camisa—. Yo veo que los jóvenes que estudian fuera de la comunidad procuran esconder su origen y solo quieren vestir con ropa de ciudad.

—¿Se ha perdido la batalla, señor Lucas?

—No todavía. Yo tengo mi camisa de “plástico”, mis pantalones de “plástico”, pero vaya adonde vaya lo que nunca me quito es esta camiseta interior —dice mostrando una delgada camiseta blanca de fino tejido de alpaca—. Esta fibra es incluso medicinal.

Y lo dice como si la prenda estuviera unida, antes que a su cuerpo, a sus sentimientos. Sus compañeras artesanas de Laraqueri le hacen coro y asienten con cómplices movimientos de cabeza. Lucas hace referencia a una característica ya apuntada, de algún modo, por Juan Enríquez: el factor termorregulador de la fibra elimina el frío corporal, manteniendo una temperatura constante y sin producir sofoco. Ideal para Puno.

—Cuando me visto con estas prendas no tengo ni frío ni calor —concluye orgulloso.

ARTESANÍA, MOTOR DE DESARROLLO

El papel que cumplen los artesanos generando valor añadido a los rebaños de alpacas, gracias a la financiación del SGP, es fundamental porque está emergiendo un sugerente tejido de microempresas rurales destinadas a promover la implementación de centros de acopio, clasificación y procesamiento de la fibra, la carne y los cueros.



» Los artesanos de Japo, en Cojata, están encontrando en su trabajo un motor de desarrollo y una fuente de ingresos para satisfacer necesidades básicas como salud o educación.

Como muestra un botón. La asociación artesanal Suri Paqucha, que agrupa a 30 esposas e hijas de alpaqueros, ha sido un motor fundamental para el desarrollo de Nuñoa. Desde 2002, su ejemplo ha inspirado a casi una veintena de nuevas asociaciones que dan trabajo a más de 350 personas en esta localidad. El beneficio es evidente: el mayor número de artesanas demanda una mayor cantidad de fibra cuyo precio se vuelve más competitivo, mejorando así los ingresos del criador. De manera solidaria estas asociaciones pagan por la libra de fibra 10 soles, prácticamente el doble de lo ofertado por los intermediarios.



Guillermina Quispe, presidenta de Suri Paqucha, es la encargada de velar por los intereses de sus socias e impulsar, entre otras cosas, las capacitaciones que destierren las prendas confeccionadas al “ojímetro”. Desde que a los 12 años tejió su primer chullo, sus manos no han parado ni un segundo. Menos ese volcán de ideas que es su cerebro.

—Antes de empezar a trabajar con el Programa de Pequeñas Donaciones las artesanas teníamos un conocimiento muy intuitivo. Todos los diseños los teníamos aquí —apunta con el dedo índice su frente—. Pero eso, ahora, no es suficiente. Nos hace falta más cálculo.



La Comisión de Medio Ambiente y Desarrollo de América Latina y el Caribe declaró a la alpaca (y a su fibra) como recurso potencial estratégico para superar la pobreza en la zona rural.

A través de las capacitaciones, estas mujeres están recuperando una tradición textil minimizada y relegada por las familias que, en el mejor de los casos, solo tejían para su autoconsumo.

LA GUERRA Y LA PAZ

Nuñoa, siglo XIX, 1870. Mauricio Checa, alias “El gringo” —alpaquero de pelo de *ichu*, ojos de cielo despejado, raíces ibéricas y acento puneño—, cuenta que, en una de sus expediciones, el famoso investigador y geógrafo Antonio Raymondi llegó hasta el mismísimo Nuñoa, donde quiso pernoctar. En esa época la capital alpaquera era una ciudad sin ley, en donde las habituales disputas entre terratenientes eran saldadas bajo el lema “aquí te pillo, aquí te mato”, muy cerca del puente colonial. Raymondi, después de descansar, pidió visitar una selección de las mejores bibliotecas de la localidad. Al entrar a la primera descubrió, asombrado, que en lugar de libros las estanterías estaban colmadas de armas.

Ciento cuarenta años después, Nuñoa ha cambiado las escopetas y pistolas por los palitos de tejer de un ejército de 54 mujeres que confeccionan a diario las historias mínimas de este distrito puneño. Historias como la de Guillermina —otra Guillermina—, quien

mientras manipula el ganchillo a un ritmo endiablado, comenta cómo la capacitación ha sido fundamental porque “nos ha servido para tomar valor y comenzar a recobrar nuestra independencia como mujeres”.

En una sociedad machista como la alpaquera, este grupo ya genera sus propios ingresos. Ingresos que en la mayoría de los casos supera al obtenido por sus maridos. Desde que hace ocho años abandonaron la cocina a tiempo completo, ellas se reúnen en una antigua y un poco destartada casona colonial donde tejen, conversan, tejen, bromean, tejen, clasifican, tejen, hilan, tejen, vuelven a bromear. Tejen su autoestima. Tejen siempre.

Esto ya no hay quien lo pare.

RECUPERAR LA TRADICIÓN

En las alturas de Lampa, sus manos de hábil tejedora se mueven a la misma velocidad que sus labios. El primero es un movimiento interiorizado desde niña que no necesita vigilancia. La mirada de Santusa Cutipa, más bien, se concentra en la ladera donde *Chiri Wayra*, su pequeña nueva alpaca, acaba de descubrir las bondades de la leche materna. Junto a las paredes de adobe y techo de paja del modesto local comunal de Suatía, y al sol del mediodía, Santusa, acompañada

» Guillermina y Eulogia, artesanas de Nuñoa, tiñen la fibra con plantas nativas antes de confeccionar las prendas que luego venderán en las ferias artesanales.

por una docena de señoras —vestidas todas con polleras multicolor, corpiños profusamente bordados y monteras rebosantes de cintas—, comparte trabajo y conversa:

—Para nosotras es un orgullo recuperar la tradición de nuestras abuelas.

—¿De sus abuelas? ¿Y que pasó con sus madres?

—Cuando éramos niñas nuestras madres solo nos enseñaron a trabajar con lana sintética. Era más barata y de colores encendidos —dice Santusa, mostrando una delgada y vistosa faja que tejió de ñiña y que aún conserva enrollada alrededor de su cintura—. Gracias al Programa de Pequeñas Donaciones, la comunidad ha comprado diferentes alpacas que nos darán nuevos colores para nuestras artesanías. Mi hija opina que el comercio justo demanda productos cada vez más auténticos.

Nelly, la hija de Santusa, no vive en las alturas. Tiene estudios universitarios, reside en la ciudad y no viste de manera tradicional, pero se ha convertido en embajadora de las artesanías que se realizan en la comunidad. Da conferencias sobre las tradiciones de su pueblo y, a través de presentaciones en *power point*, está logrando que los productos de Suatía sean apreciados en el competitivo mercado artesanal.

TEJIENDO SU FUTURO

Son las ocho de la mañana y caminan en parejas o solos, y si no fuera por la sombra alargada que proyectan sus cuerpos sobre los extensos y dorados campos de *ichu*, apenas representarían una pequeña mancha en el paisaje. Algunos vienen caminando desde lugares remotos, a dos horas y media a paso de puneño (el doble para cualquier foráneo que pretenda transitar por estas pampas a 4.600 metros de altura). Nosotros, que observamos la escena desde la parte más alta del abra, comenzamos también a descender por una sinuosa trocha hacia la escuelita primaria que, solitaria, entre el cielo y el suelo, domina estas pampas heladas y frías.

La comunidad de Chillihuani, al sur del distrito de Cojata, es uno de los lugares más alejados a los que ha llegado la ayuda del Programa de Pequeñas Donaciones. Cuarenta familias de campesinos dedicadas a la crianza de alpacas

La comunidad puneña de Chillihuani, al sur de Cojata, distrito que se encuentra muy cerca de la frontera con Bolivia, es uno de los lugares más alejados a los que ha llegado la ayuda del SGP.

viven desperdigadas en cerros en los que, por la altura, ya no crece ni la papa. Entre ellos se manejan con trueque: “¿Para qué la plata si somos pobres y no tenemos efectivo?”. Aquí funciona el “te doy carne y me das azúcar”, “te cambio lana por moraya”. Con nosotros hoy intercambiarán experiencias.

Beso, saludo, sonrisa, saludo, beso. Teodoro es un terremoto, no permanece quieto ni un segundo, cuenta chistes con los ojos y permanentemente inunda con comentarios ocurrentes el salón al que sus compañeros van asomando con cuentagotas. Las cuatro paredes del espacio son como libros abiertos: a través de papelógrafos y cartulinas se enseña a los artesanos cómo deben clasificar los vellones, cuáles son las medidas precisas de una chompa cuello en “V” o cuál es la mezcla exacta de agua y plantas naturales para lograr un amarillo intenso al teñir la fibra. A las 10:30 de la mañana ya somos 30. Comienza el *show*.

“EL ABC DEL PROCESAMIENTO DE LA FIBRA DE ALPACA”

Por Teodoro Ramírez, Marcelina Quispe, Lourdes Mamani y Marcelina Chura, naturales de Chillihuani, Humabamba, Chillihuani y Chillihuani, respectivamente. Actuación especial de Anastasio Mamani, también natural de Humabamba, otra de las comunidades que integran el eje alpaquero apoyado por el Programa de Pequeñas Donaciones del GEF/PNUD.

» Arriba: Lourdes Mamani y Marcelina Chura tuercen la fibra ayudadas por un huso de madera en el local comunal habilitado en Chillihuani, en las alturas de Cojata. Abajo: Marcelina Quispe y Teodoro Ramírez clasifican la fibra por colores y calidades.





Tradicionalmente la fibra de alpaca suri se vendía a los intermediarios sin darle valor agregado, porque su hebra larga era más difícil de hilar. Hoy esa situación está cambiando para mejor.

ACTO PRIMERO

Teodoro toma la iniciativa y extendiendo un plástico azul en el centro del salón coloca sobre el mismo una alpaca sin alpaca. ¿Cómo es eso? El vellón marrón café que carga Teodoro conserva la perfecta forma del animal: el cuello, el lomo, sus cuatro patas, mientras su antigua dueña sigue pastando molesta por haber sido privada de semejante abrigo. El alpaquero revisa ambos lados del vellón mientras Marcelina organiza sus partes, por calidades y colores, en pilas de regular tamaño.

—Esta es la parte más fina, la famosa *baby alpaca* —comenta Marcelina, colocando sobre la fibra más lustrosa un papel escrito a mano con las siglas “BL”—. Esta parte, de segunda calidad, la clasificamos como “FS”.

Y así la totalidad del manto animal: lomo, cuello o bragas son catalogados como “HZ”, “AG” o “MP”, dependiendo de su finura.

ACTO SEGUNDO

Rebozada entre dos o tres frazadas, Lourdes se prepara frente a una zaranda hecha con tela de gallinero. Con una afilada tijera y precisión de peluquera —clís, clás, clís, clás— retira en tres o cuatro movimientos los restos de tierra, pajas y otras impurezas que aún contiene la fibra para dejarla lo más limpia posible y que no perjudique la siguiente fase del hilado.

ACTO TERCERO

Lourdes permanece en la escena para la demostración del hilado. Marcelina Chura ingresa como telonera. Las artesanas, con movimientos totalmente coreográficos que ejecutan al hacer volar sus brazos —arriba, abajo, arriba, abajo—, y ayudadas de un uso de madera o *ccapu* que hacen girar a gran velocidad con la mano derecha, hilan la fibra que van soltando desde su otra mano.

NUDO

Marcelina asoma en contraluz por la puerta del salón, armada con una madeja de lana y un nuevo *ccapu* con el que ejecutará el torcido. Toma posición y sin sentarse lanza el palo de madera de unos 40 centímetros hacia el suelo en un veloz movimiento. La longitud calculada de la hebra impide que el uso llegue a tomar contacto con el piso; a escasos centímetros del choque y ayudado por un preciso movimiento del brazo, el instrumento vuelve a elevarse, girando sobre sí mismo, mientras Marcelina tensa nuevamente el hilo. Serán sus dedos gordos y corazón los que, sincronizados y en simultáneo, harán con destreza el trabajo de torcer la hebra. Nos preparamos para el gran colofón.

DESENLACE

Anastasio Mamani aparece en escena vestido con una sonrisa sin complejos, pantalón blanco de bayeta, chaleco de lana natural y chullo con motivos incaicos. Todo de su autoría. Atravesando el salón comunal se sienta, frente al gran telar situado al centro, sobre un pupitre de colegio, engalanado con un mantón grueso de alpaca, que hace las veces de silla. Calienta los dedos mientras afina los hilos horizontales y verticales de la urdimbre. Comprueba que los contrapesos tienen la tensión adecuada. Parece un auténtico concertista. Sobre una madera que cruza por encima de él coloca la particular partitura con el dibujo que ejecutará y acomoda los pies sobre el engranaje de pedales de madera, que al ras del piso moverán todo el complejo mecanismo de poleas. El tejedor comienza a interpretar con destreza este singular “solo de telar” que apenas unas horas después culminará con un precioso chal de calidad superior.

—¿Usted sabe tejer desde niño?

—Mi padre nunca me quiso enseñar.

—¿Por qué?

—Pensaba que no tenía futuro. No quería que ni mis her-

» Las comunidades comienzan a recuperar el conocimiento, casi perdido en algunos lugares, de la clasificación, hilado y torcido de la fibra, luchando de esta manera con el estigma aún persistente de que vestir con prendas de alpaca es sinónimo de pobreza.

manos ni yo perdiéramos el tiempo —dice este artesano convertido en profesor de telar, sin perder la sonrisa.

Fue después de casado que Anastasio decidió seguir su vocación, dando rienda suelta a su imaginación: convirtió las aves, las plantas y los colores de sus campos en las formas que habitarían sus tejidos. Ahora sus cinco hijos —también convertidos en sus alumnos— serán los encargados de mantener la tradición por lo menos durante la próxima generación.

HILANDO FINO

Nilda, Agustina y Teófila, al frente de un grupo de veinte señoras alborotadas, nos reciben con una lluvia de picapica amarillo que —afirman— atrae la buena suerte. Representan de alguna manera a las 17 organizaciones que repartidas por los alrededores agrupan a más de 300 artesanas del distrito de Pichacani-Laraqueri. Esta localidad de la zona aimara cercana al lago Titicaca también ha sido incluida en la iniciativa ya que cumple con los cuatro requisitos mínimos que exige el Programa de Pequeñas Donaciones: gozar de una cierta organización, tener talleres de artesanos, conservar alpacas suri de color y contar con el compromiso del municipio de apoyar el proyecto con una contrapartida, que no necesariamente tiene que ser monetaria.

Con solo verla caminar, abriéndose paso entre sus compañeras, uno sabe que, a pesar de sus cuatro o cinco polleras superpuestas, es ella quien lleva los pantalones en este grupo. En su tranquila sonrisa asoma, de cuando en cuando, una estrella de cinco puntas de oro —muy a la moda puneña—, que incrustada en uno de sus incisivos, parece reforzar el papel de *sheriff*. La mujer de la mirada serena se llama Pascuala Ventura Humire, y es artesana y regidora, siempre en ese orden. Viste con el clásico bombín altiplánico de la zona aimara, ojotas en los pies y una chaqueta en tonos naturales que ella misma diseñó y tejió. No se ha casado ni ha tenido hijos, pero ha criado a un sobrino que la llama mamá.

» Anastasio Mamani ha convertido su pasión por el tejido en una profesión que, además de reforzar su autoestima, le permite dar un futuro digno a su esposa y a sus cinco hijos.





→ Agustina Quispe y Teófila Adame herding llamas in the high-altitude landscape of the Andes.

A pesar de los esfuerzos, los bajos precios pagados por la fibra de alpaca suri de color no favorecen a su repoblamiento y limita su crianza entre los pequeños y medianos criadores.

—El entusiasmo que le ponemos a las cosas nos ha permitido superar dificultades —dice Pascuala, en medio de un local de dos pisos que gracias a su gestión se ha implementado como centro artesanal—. Hoy en día debemos enfrentarnos al hecho de que con la artesanía no llegamos a tener los ingresos suficientes para garantizar la vestimenta, la salud y la educación de nuestros hijos.

Chalinas, chompas, chales, chullos: todo un abecedario con la “ch” es producido y vendido en la tienda de seis por cuatro metros de la planta baja. En el segundo piso, ocho mujeres y hombres reciben en un gran salón su clase diaria de telar. En el segundo piso, al igual que Pascuala, todos aún creen en el futuro de esta actividad.

Un futuro en el que también parecen confiar en las pampas infinitas de Huacochullo. Desde Laraqueri partimos por una carretera serpenteante en dirección a Moquegua, hacia la zona más alta del distrito, donde las artesanas aseguran que pastan a sus mejores alpacas.

Allí, Santa Francisca Manzano e Higinio Ccopa nos harán una demostración de esquila tradicional.

Es mediodía y el intenso sol que domina un cielo sin rastro de nubes no impide que el mercurio permanezca varios grados por debajo de cero. En Huacochullo, cientos de alpacas corren diminutas y lejanas entre el cerro que corona el horizonte y una gran laguna o *cocha* que, a la distancia, parece congelada. Mientras esperamos que el matrimonio atrape un ejemplar de alpaca suri y el fotógrafo prepara la cámara para registrar la esquila, Agustina Quispe, sentada en una pequeña ladera, me regala una última historia:

—*Huallca* las protege —comenta mirando el rebaño.

—¿Quién es *Huallca*?

—*Huallca* es aquel cerro —responde señalando con el brazo extendido hacia el horizonte—. Es el dueño de las alpacas de estas pampas y también su protector. Nosotras solo las cuidamos.

Un mito aimara cuenta que las alpacas nacieron de los ojos de agua, de los bofedales y lagunas como la que tenemos enfrente. El mundo no era uno, sino dos realidades que convivían superpuestas: la inferior y la superior. En la primera pastaban grandes rebaños de alpacas bajo la atenta mirada de la hija del *apu*, el dios de la montaña, dueño y protector de las majadas. Cuando la joven se casó con un pastor del mundo superior, ambos viajaron hacia allá a través de las lagunas, llevando a todas las alpacas. Al cabo de un tiempo, sin embargo, el pastor se desentendió de una cría de alpaca que había prometido cuidar, incumpliendo la promesa que le había hecho al *apu* antes de partir. La hija del dios de la montaña, espantada, juntó al rebaño y huyó al mundo inferior a través del manantial más cercano. Solo unas pocas fueron las alpacas que el joven logró retener cerca ya de los bofedales. Según el mito, éstas son las que continúan pastando bajo la mirada protectora de cerros como el *Huallca*. Y, claro, de pastores como Agustina.

» En Laraqueri, son las mujeres, principalmente, las encargadas de realizar la esquila de las alpacas. Estas hábiles criadoras consiguen sacar la fibra de un ejemplar en una sola pieza y en menos de cinco minutos.



» Pascuala Ventura, regidora de Laraqueri, lidera una red de asociaciones artesanas que, apostando por la calidad de sus productos, aspiran a acceder al mercado del comercio justo.

Chiri Wayra no nació de una laguna. Su protector mítico será el *apu* tutelar de la comunidad de Suatía y su padrino en este mundo debería de ser la Comisión Nacional de Productos Bandera que, desde su creación por Decreto Supremo en 2004, ha reconocido a camélidos de su clase como “únicos en su origen, poseedores de características diferenciales que representan ventajas comparativas con potencial de mercado”. Según esta comisión, productos como la alpaca transmiten la imagen del Perú

El Perú posee el 89% de las alpacas que existen en el mundo.

dentro y fuera de sus fronteras, y son considerados estratégicos por ser fuente generadora de empleo y producir un efecto multiplicador a su alrededor. Razones le sobran a este camélido para liderar —con un valor ponderado de 8,79 sobre 10— el ranking de “productos bandera”; aunque esta bandera, por lo visto, todavía ondea a media asta.

Las dificultades en la puna son como los pequeños manantiales de altura que permanecen congelados hasta que el sol del mediodía los deshíela, sin prisa pero sin pausa, y gota a gota discurren cotidianos, llevando vida por los bofedales de Cojata, a través de las pampas de Nuñoa o Lampa, hasta las cabañas y corralones de Laraqueri. Allí donde siguen naciendo, creciendo y reproduciéndose los rebaños, donde cada vez son más los alpaqueros y artesanos que continúan empeñados en que regrese el ancestral tiempo de los colores. ■



NUÑO A

LA CAPITAL DE LA PROVINCIA DE MELGAR ESTÁ A 4.000 METROS SOBRE EL NIVEL DEL MAR, tiene 13.000 habitantes, de los cuales más de la mitad viven en el campo, donde producen papa, quinua, cebada, avena. En las zonas altas se dedican prácticamente en exclusivo a la cría de la alpaca. La Asociación Acricran Illa agrupa a unos 30 socios, entre criadores y artesanas. Entre sus logros destaca la creación de su propia marca de comercialización: Suri Paqucha.



A. ROSARIOS tejidos a croché (varios colores) / B. CHALINA en colores naturales tejida a telar / C. HILOS teñidos con plantas nativas y colores naturales / D. GORRO en colores naturales / E. OREJERA tejida a croché F-G. MUÑECOS con trajes típicos de las diferentes comunidades de los alrededores / H. CHALINA tejida a croché y teñida con plantas naturales.





I



J



Ñ



O



K



L



P



Q



R



S



M



N

I. **CHOMPA** tejida a palitos en colores naturales / J. **CHALINA** de fibra de alpaca suri tejida a palitos y teñida con plantas nativas / K. **CHOMPA DE MUJER** con cuello tortuga en fibra de alpaca suri de colores naturales / L. **CHAQUETA** de fibra de alpaca de color natural / M. **CHAQUETA** con motivos florales tejida a palitos / N. **CHAQUETA** de fibra de alpaca tejida a palitos y teñida con plantas nativas / Ñ. **GORRO** de alpaca reversible de colores naturales tejido a palitos / O. **CHOMPA DE MUJER** tejida a palitos / P. **GORRO** de alpaca tejida a palitos de color natural / Q. **CHALINA DE MUJER** tejida a croché de color natural / R. **CHALINA** de fibra de alpaca suri teñida con cochinilla / S. **CHALINA** de alpaca tejida a croché y teñida con plantas nativas.

T. CHAL de fibra de alpaca suri tejido a palitos, calado y de color natural

T



U

U. CHAL de fibra de alpaca suri tejido a palitos, calado y de color natural



V



W



V. CHAL tejido a palitos de color natural / **W. CHALINA** tejida a palitos, calada y teñida con plantas nativas
X. CHALINA de fibra de alpaca de color natural blanca, con aplicaciones de color negro y tejida a palitos / **Y. CHALINA** de fibra de alpaca suri tejida a palitos y teñida con cochinilla

X



Y





Z



AB

Z-AB. CHAL de fibra de alpaca suri tejido a croché y teñido con plantas nativas.

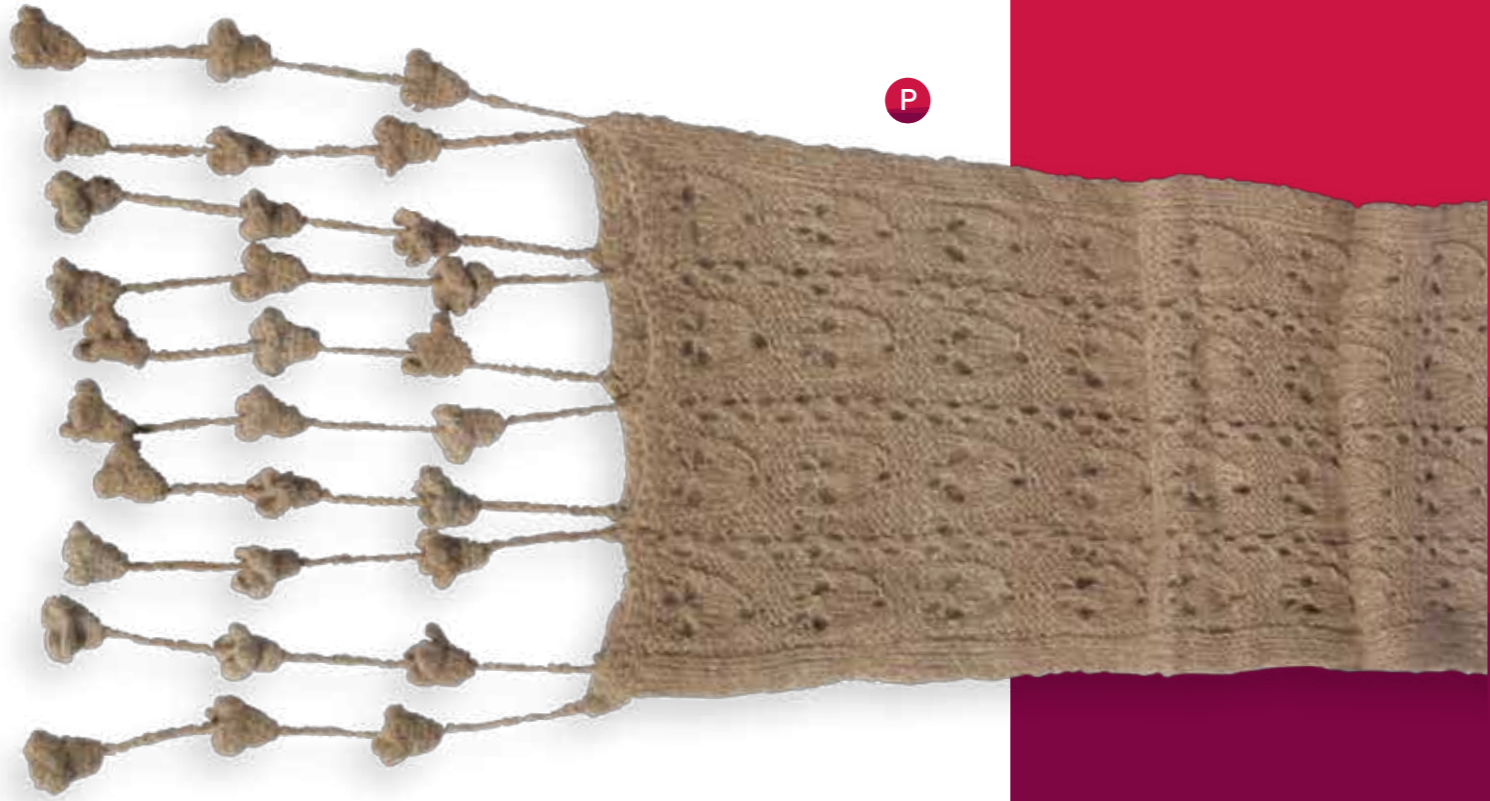
LAMPA

LA ASOCIACIÓN DE PRODUCTORES PECUARIOS Y ARTESANOS DE PUMACANCHI CONDURINI (APROPAREP), ubicada en la provincia de Lampa, es una organización de base formada por criadores de alpacas, que además de llevar a cabo esta actividad, han optado por dedicarse a la artesanía textil aprovechando las potencialidades de la fibra de este camélido. Beneficia en forma directa a 81 familias y a unas 150 familias de manera indirecta, unas 1.000 personas en total.



A. GORRO tejido a croché de color natural / B-C-D-E-F-G-H-I. GORROS tejidos a palitos en diferentes diseños / J. BOINA tejida a palitos con borla en color natural / K-L-M. GORROS tejidos a palitos en diferentes diseños / N. CHULLO tejido a palitos y teñido con plantas nativas Ñ. OREJERA tejida a palitos, mezcla de fibra de color natural y teñida con plantas nativas / O. CHULLO tejido a palitos con fibra de alpaca de colores naturales.





R



S



T



U



P. CHALINA de fibra de alpaca tejida a palitos / **Q. CHALINA** de fibra de alpaca tejida a croché / **R. MONEDERO** con cierre tejido a croché en color natural / **S. MONEDERO** con cierre tejido a croché y teñido con plantas nativas / **T. MANOPLAS** tejidas a palitos / **U. CHULLO** tejido a palitos en color natural.

V



W



X



Y



Z



AB



AC



AD



V. FAJA tejida en *pampa sayu*, con el escudo nacional y en color natural / W. CARTERA tejida en *pampa sayu* y en color natural / X. MANOPLAS tejidas a palitos y en color natural / Y. CALENTADOR DE MANOS tejido a croché
 Z. CHALINA tejida a palitos y en color natural / AB. CHALINA dos caras tejida a telar y en color natural
 AC. CHALINA con motivos tradicionales tejida en *pampa sayu* y en color natural / AD. COLCHA tejida a telar con motivos tradicionales y en color natural.



AG



AE-AF. CHUSPA bolsa ceremonial de lana sintética y abalorios / AG. LLICLLIA con diseño tradicional, tejida en *pampa sayu*, elaborada en lana de alpaca y teñida con plantas nativas.

LARAQUERI

LA ASOCIACIÓN ASARKUC CUENTA APROXIMADAMENTE CON 350 SOCIOS pertenecientes a 10 comunidades repartidas en la zona noroeste del lago Titicaca. En esta zona aimara los criadores y artesanos están distribuidos en 17 organizaciones que cuentan con un local comunal en la misma plaza principal de Laraqueri, a menos de una hora de Puno, capital en donde venden y exhiben sus productos y reciben capacitaciones.



A



B



C



D

A-B. GORROS tejidos a palitos y en colores naturales / C. GUANTES tejidos a palitos y en colores naturales
D. MEDIAS tejidas a palitos y en colores naturales / E. GORRO tejido a palitos y en color natural / F. CHAL tejido a palitos y en color natural / G. PONCHO tradicional tejido en *pampa sayu*, en color natural y con listas en lana sintética
H. CHALINA tejida a palitos y en color natural / I. CHALINA tejida a palitos, con motivos florales y en colores naturales.



E



F



G



H



I



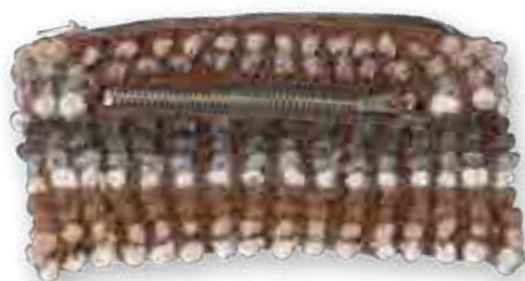
J



M



N



K



Ñ



L



P



Q



O

J. CHALECO tejido a palitos y en color entero natural / K. MONEDERO tejido a croché, con cierre / L. MANOPLAS tejidas a palitos en color entero / M. GORRO tejido a palitos, reversible y en colores naturales / N. BOINA tejida a palitos, modelo con alpacas y en colores naturales / Ñ. GUANTES tejidos a palitos y en color natural / O. MEDIAS tejidas a palitos y en colores naturales / P. CHULLO tejido a palitos y en colores naturales / Q. CHOMPA tejida a palitos y en colores naturales.



R



S



T



X

R. CHALECO tejido a palitos con motivo de cóndores / S. CHALINA tejida a telar y en color natural / T. CHALINA DE MUJER tejida a palitos / U. MORRAL tejido a telar con borlas en colores naturales / V. MANTA-CHAL tejida a telar, colores naturales / W. MEDIAS tejidas a palitos en colores naturales / X. CHALINA tejida a telar y en colores naturales / Y. MITONES tejidos a palitos y en colores naturales.



U



V



W



Y

COJATA

CUATRO COMUNIDADES COMPONEN ESTE EJE ALPAQUERO CERCANO A LA VECINA BOLIVIA en la parte noreste del lago Titicaca. A través del impulso que ha supuesto ingresar al SGP en Japo, Chillihuani, Huancasaya y Humabamba, unas 200 familias están recuperando las técnicas y tradiciones del cardado, hilado, torcido y tejido de la fibra produciendo artesanías cada vez más sofisticadas.



A



B



D



C

A. CHALINA tejida a palitos, de varias tonalidades naturales / **B. CARTERA** tejida a telar, fibra de alpaca natural teñida con plantas nativas / **C. CHALINA** tejida a croché, colores naturales / **D. CARTERA** tejida a croché y en colores naturales / **E. CHULLO** con borlas tejido a horquilletas / **F. MONEDEROS** con motivos tradicionales / **G. CHALINA** tejida a croché, con borlas y en colores naturales.

E



F



G





H



I



K



L



J

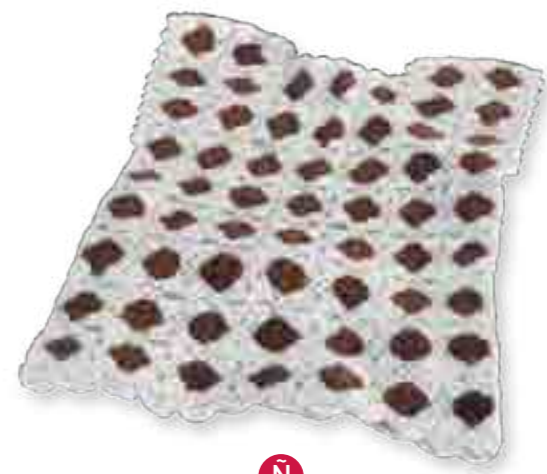
H. CHALINA tejida a telar, colores naturales / I. CHULLO tejido a palitos y en colores naturales / J. CHALECO tejido a palitos y en colores naturales / K. CHALINA tejida a palitos, en colores naturales / L. CHULLO con tres borlas tejido a palitos y en color natural / M. CHALECO sin botones, tejido a horquilletas y en color natural / N. CHALECO cuello en "V" tejido a horquilletas / Ñ. CHALECO tejido a croché, colores naturales.



M



N



Ñ



LA VIDA SECRETA DE LOS ALGARROBOS

O CÓMO SE RECOBRAN LOS SUEÑOS PERDIDOS GRACIAS A LA PRESERVACIÓN DE UN ÁRBOL

Crónica: Walter Li
Fotografía: Musuk Nolte

Durante décadas el bosque seco de Piura fue deforestado de manera inclemente por muchas comunidades que vivían en él. Hasta que un día algunos campesinos tomaron conciencia y difundieron una inesperada cultura de protección ambiental. No solo empezaron a preservar diferentes especies de árboles, sino que algunas, como la del algarrobo, se transformaron en una fuente de ingresos para ellos. **Hoy el bosque les brinda una mejor calidad de vida, pero, sobre todo –inmersos en ese constante trabajo de conservación–, muchos de esos campesinos se están conociendo a sí mismos.**



» El trabajo en la empresa comunal Santa María de Locuto empieza a las 7 de la mañana. Ésta fue la primera asociación que recibió financiación del SGP en Piura.

José Juárez Carmen dirá que en un inicio tuvo serias dudas, pero que finalmente decidió aceptar lo que le proponían porque aquello significaba, al menos, una ligera esperanza en un lugar en donde nunca las había. El lugar era Locuto, distrito de Tambogrande, un caserío a 70 kilómetros de la ciudad de Piura, inmerso en pleno bosque seco norteño y atrapado en la pobreza más extrema. En ese momento José Juárez no lo sabrá, pero reconocer su escepticismo será clave para entender esta historia. Era 1994, y él tenía dudas. Serias dudas. Aceptó.

Es un jueves de agosto, once de la mañana, y el sol de Piura es tan fuerte que te hace sentir como si estuvieras atrapado en un microondas. Aunque a nadie parece importarle demasiado el calor en la pequeña planta de producción de algarrobina de la empresa comunal Santa María de Locuto: allí, Winston Juárez Arroyo y Albino Vicente Saucedo supervisan los dos peroles en donde se hierve, por segunda vez en este día, 80 kilos de vainas de algarroba. En medio de breves olas de humo que ennegrecen y un olor tan intenso que adormece la nariz, ambos hacen bromas mientras tres socios de la empresa comunal se dedican a labores de limpieza. Adentro del local, las risas son lo que abundan; afuera, el silencio del campo lo abraza todo.

La planta se encuentra a un extremo del caserío: lo que en otros lugares del Perú podría significar encontrarse a un extremo de la nada. En Locuto, sin embargo, la rústica planta representa una edificación de cien metros cuadrados con un extenso terreno de 13.000 hec-

táreas de bosque seco y 32 socios en sus filas. El silencio del campo, en Locuto, no es el vacío de la nada, sino el eco contenido de la vegetación infinita.

El bosque seco de Piura es el más extenso del Perú y no alcanzarían los dedos de ambas manos si se deseara enumerar sus bondades. En palabras sencillas, el bosque piurano es importante porque, además de cumplir un rol productivo, posee una gran variedad de especies valiosas que solo crecen en esta región del país. A pesar de ello, a causa de la tala sin límites e ilegal que realizan muchos pobladores que viven a su alrededor, el bosque seco pierde 14.000 hectáreas al año: algo así como si cada 12 meses se armara una pequeña guerra con granadas, tanques y cazabombarderos en pleno paraíso ecológico.

El objetivo de la empresa comunal es realizar actividades productivas que protejan la biodiversidad y el medio ambiente de la zona. Se han plantado árboles de algarrobo y otras especies en el bosque pensando en el futuro, pero también en el presente. Su entorno es, hoy, el que los pro-

vee de la materia prima para los productos que comercializan: algarrobina, café de algarrobo, algarropolvo y miel de abeja orgánica.

—Antes nosotros sabíamos muy poco sobre la conservación del bosque. Y cuando se hablaba de ello se sentía como algo muy lejano —dice Winston Juárez Arroyo, enfundado en un impecable mameluco blanco. Winston tiene 23 años, una gorrita azul y un diploma como técnico en computación—. Yo llegué acá por mi papá. Cuando él se jubiló me transfirió sus derechos.

De eso ya hace cuatro años. Mientras sacaba su título, a Winston no le pareció mala idea venir a trabajar aquí. Se lo planteó como algo momentáneo. Su sueño era dedicarse a la informática, por eso nunca imaginó que terminaría quedándose. No imaginó, al igual que muchos otros en Locuto, lo que significaría la planta de producción para él.

—Uno no sabe cómo es este trabajo hasta que está adentro. A veces yo acompañaba a mi papá, pero recién entendí muchas cosas cuando fui parte de la asociación —dice

Winston, y luego sus ojos se encienden—. Ver que compran las cosas que uno hace, ver que se protege el lugar donde uno ha nacido, ver que otras personas en Locuto también se agrupan porque ven nuestro ejemplo; todo eso es gratificante.

La historia de la empresa comunal Santa María de Locuto es muy parecida a tantas otras: en 1994 algunas familias del caserío se unieron para pensar juntas en maneras de generarse ingresos y salir de ese remolino sin fin que es la pobreza. Tenían ganas, mano de obra, unas cuantas ideas. Fueron pasando los años. Continuaron trabajando en diferentes actividades. Trabajando sin descanso. Creer, sin embargo, puede ser a veces más duro que la pobreza misma: las familias que se habían unido en Locuto fueron reduciéndose al ver que no habían resultados rápidos. En 1998 recibirían dos golpes aún más fuertes: el fenómeno de El Niño y un incendio forestal que aniquiló gran parte de su bosque. A pesar de ello, no retrocedieron. Lo que tenían claro, en todo caso, era que necesitaban especializarse, tener más conocimientos para afrontar problemas de esa naturaleza. Entonces buscaron asesoría. Y en esa búsqueda escucharon sobre el Programa de Pequeñas Donaciones del GEF/PNUD: postularon y se aprobó financiarlos. En contraparte, los socios debían poner la mano de obra. Allí se inició una inesperada cultura de conservación ambiental. La historia de Santa María de Locuto es muy parecida a tantas otras y a la vez muy diferente: han logrado hacer una pequeña planta y producir sin atentar contra la biodiversidad de la zona.

Santa María de Locuto —y esto es algo que no fue buscado sino que simplemente se fue dando— empezó siendo una asociación conformada enteramente por hombres. De los cerca de 60 socios que iniciaron el proyecto, quedaron 32. Y no había mujeres. Hasta el 2008, cuando murió el esposo de Flora Domínguez: ella es la primera socia de la empresa comunal.

—Empecé limpiando y barriendo, pero ahora ayudo en todo lo que puedo.

Flora Domínguez tiene 57 años, la mirada tímida, la voz baja y dos hijas adolescentes. Hoy, a diferencia de hace dos años, también recolecta, selecciona y limpia el algarrobo: ha conocido un mundo que hasta no hace mucho era una gran interrogante para ella.

—Yo no sabía bien qué hacía mi esposo. Ahora lo sé. Mis hijas a veces me preguntan cómo es trabajar entre tantos hombres. Yo les digo que la única forma de que se enteren es viniendo a verlo, pero no quieren —cuenta Flora Domínguez, casi entre murmullos—. Ellas buscan otro tipo de cosas.

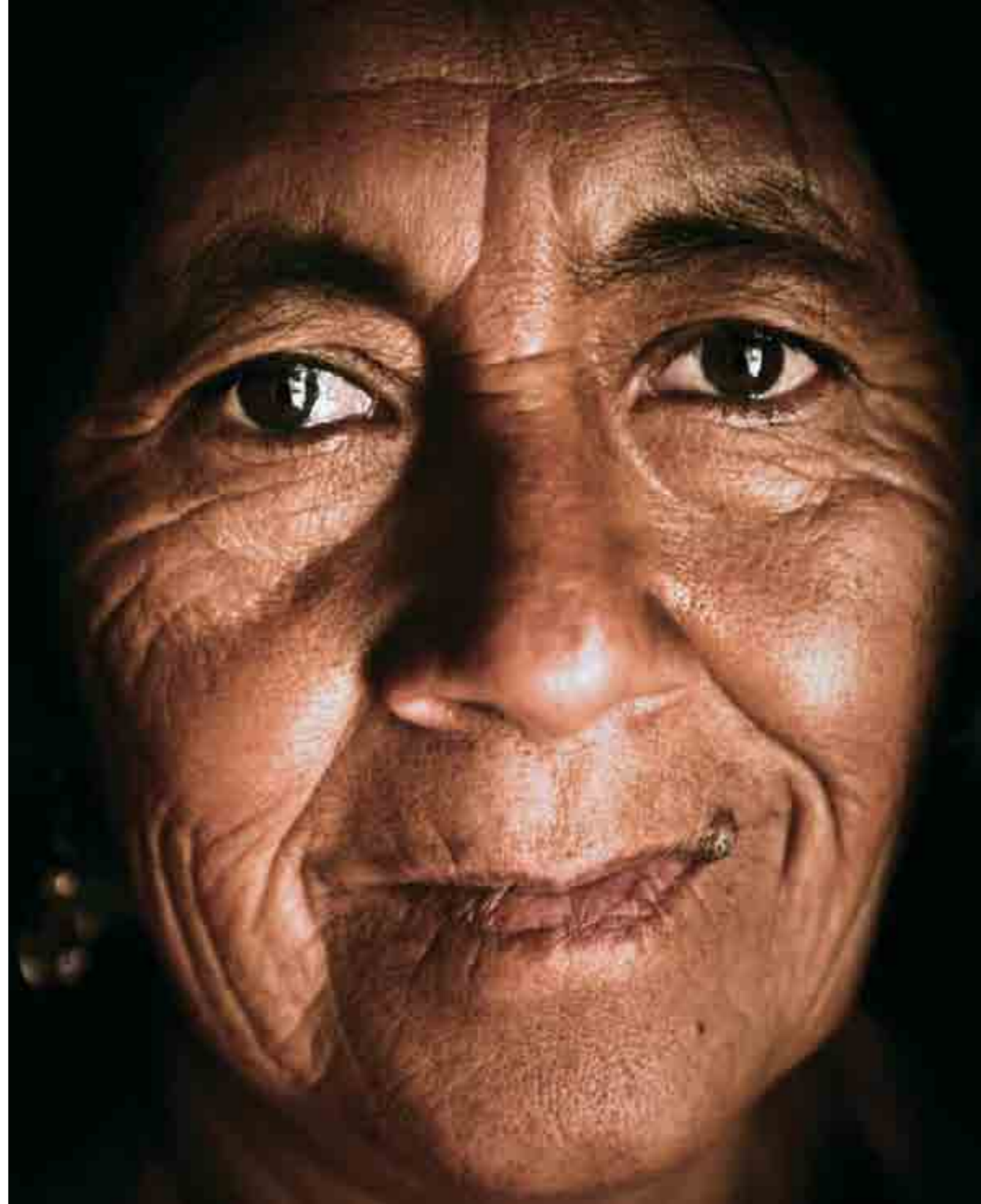
En caseríos como Locuto, otro tipo de cosas significa escapar a lugares más desarrollados —Piura, Chiclayo, Trujillo; o si se puede más lejos, llegar incluso a Lima— y buscar trabajo. Sin importar lo que se encuentre: lo fundamental es salir, huir, escapar.

Según algunos estudios, al mes se talan ilegalmente en Piura 10 hectáreas de árboles de algarrobo. De un solo árbol se pueden obtener hasta 120 trozos de leña, los cuales, en promedio, se venden a 25 soles.

—Uno crece escuchando que amigos o conocidos se van a otras ciudades. Y que allí les va bien y progresan. Es curioso, porque uno nunca escucha sobre la gente a la que le ha ido mal —se cuestiona Winston Juárez. Sus palabras son certeras, tanto que pareciera que, en vez de hablar sobre la migración, estuviera dando detalles sobre un virus informático que creara el espejismo de que todo siempre es mejor en otro lugar.

Winston ha decidido quedarse. Aunque esto no significa que haya sacado de su mente la idea de dedicarse algún día a su profesión. Todo lo contrario: cree que lo que le falta a la empresa comunal es adaptarse a la era digital que hoy se vive en todo el planeta.

» En 2008, Flora Domínguez se convirtió en la primera socia mujer en Santa María de Locuto.



En los proyectos de este departamento la construcción e implementación de cocinas mejoradas supuso la participación de toda la familia. El SGP costó el cemento, el fierro, la mano de obra calificada y el transporte; mientras que las familias beneficiarias apoyaron con 2 jornales de trabajo.

—La tecnología hace crecer a las empresas. Por eso tenemos que implementarla aquí. Podemos vender por internet. O llevar mejor nuestra contabilidad gracias a la informática.

Santa María de Locuto es el proyecto más antiguo, grande y organizado que tiene el Programa de Pequeñas Donaciones en Piura. Y ha sido modelo para otras asociaciones de esta parte del norte del Perú. Las vidas de los pobladores de Locuto son vidas sencillas, muchas veces anónimas y cada una con historias diferentes detrás. Realidades como la de José Juárez Carmen, uno de los primeros socios de la asociación, quien resume así su propio proceso de aprendizaje en Santa María de Locuto:

—Puede parecer increíble, pero recién hace tres años empecé a hacer algarrobina. Antes manejaba más que todo el motor o la máquina de tostar o moler. Pero acá es inevitable aprender de todos —dice—. Es como una pequeña escuela donde se enseña desde cosas sencillísimas hasta procesos complejos.

José Juárez tiene 53 años, un bigote breve, los ojos pequeños, las manos grandes y las frases fluidas. Y dentro de algunas horas, confesará que la asociación le cambió la vida. Y luego dará un argumento tan sólido y contundente como un algarrobo de 50 años. Lo dirá serio, sin saber que sus palabras resumirán la esencia de este relato.



» En los proyectos del SGP suele encontrarse personas de todas las edades. José Juárez Carmen (primero de la izquierda) es uno de los socios más antiguos en Santa María de Locuto.

EL PUEBLO OCULTO DE LAS ABEJAS

En el caserío de Santiaguero, distrito de Chulucanas, Piura, no hay muchas cosas: algunas viviendas pequeñas, una escuela humilde, una larga trocha como camino, un par de temas de conversación. Entre tanta desolación, el primer asunto del que uno escucha hablar es un poco evidente. El segundo, sin embargo, parece el hipersueño de un niño-travieso-amante-de-los-insectos: en Santiaguero, en donde no hay agua potable ni luz eléctrica ni un centro

de salud, todos hablan de abejas. De africanas, de criollas, de sus panales, de su miel, de sus ciclos de producción. Y lo hacen grandes y chicos, en cualquier lugar y a cualquier momento. Las describen con emoción, mucha emoción, casi olvidándose de la pobreza, ese otro gran tema del que también todos hablan.

—Hay que cuidarlas mucho: alimentarlas, darles agua; estar pendiente de ellas como si fueran tu familia —dice Jesús Litano, 30 años, piel tostada, ojos alargados como los

de una abeja—. Por eso creo que me gustan desde niño. Hay que tenerles mucha dedicación, a pesar de que produzcan miel solo una vez al año.

Jesús es el responsable principal del apiario de la Asociación María de los Ángeles de Chulucanas, proyecto financiado también por el Programa de Pequeñas Donaciones. Vive con su familia a un kilómetro del lugar donde se encuentran las colmenas y —tal como afirma— él y sus cinco hermanos deben trabajar duro para soste-





» **Arriba:** Celedonia Morales y sus nueras Teófila y Magdalena Castillo son una prueba de que los proyectos del SGP integran a las familias.
Derecha: Simón Purizaca está convencido de que su trabajo asegura un futuro para las próximas generaciones de Chutuque. A sus nietos Zircel y Kevin les gusta acompañarlo al pequeño local de la asociación.

ner a una familia que siempre ha vivido en Santiaguero. Trabajar duro y a veces recibir poco. Trabajar duro y no poder tener más de lo suficiente para el alimento de la semana o el transporte. Trabajar mucho, a pesar de que los beneficios sean a cuentagotas, casi como la miel de las colmenas.

—Creo que lo más importante que hemos logrado en todo este tiempo ha sido fortalecernos como comunidad —dice Gregorio Maza Pasachi, el presidente de la asociación—. Antes muchos producían miel de manera independiente, cada uno por separado. Ahora, gracias a que nos hemos unido, se puede hacer miel orgánica, que es de mejor calidad y con mejores procesos.

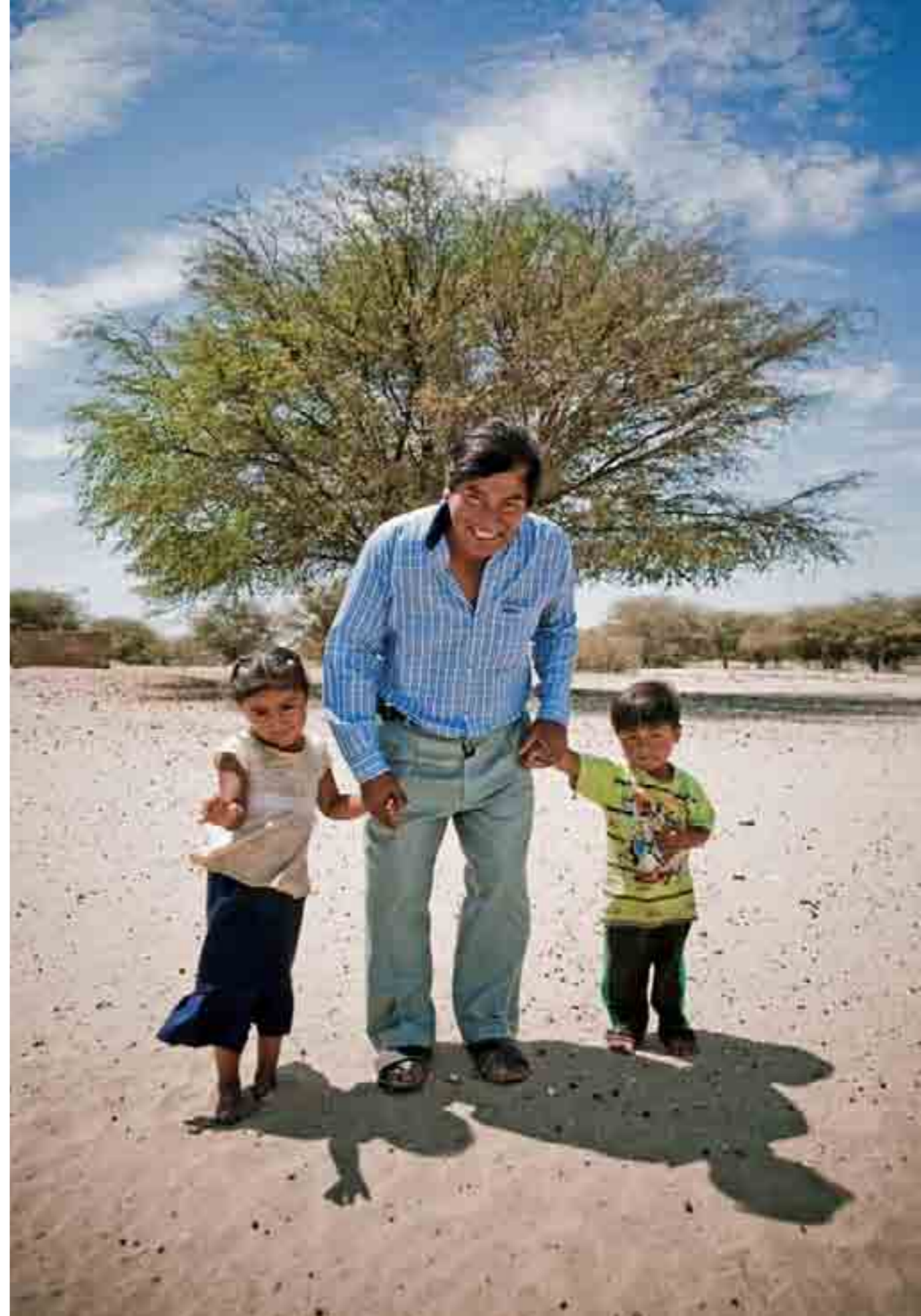
La miel orgánica es, básicamente, el néctar de las flores recolectado por las abejas en un contexto libre de todo tipo de contaminación: los apiarios están alejados como mínimo a 3 kilómetros de desagües, pistas asfaltadas, basurales, caseríos con población abundante y, sobre todo, terrenos de cultivo en donde se utilizan agroquímicos. Además, los instrumentos son de acero inoxidable. Estas con-

diciones hacen que la miel orgánica sea más costosa que la miel convencional, la cual es el néctar de las flores recolectado por las abejas en cualquier lugar. La miel orgánica producida en los proyectos financiados por el Programa de Pequeñas Donaciones en Piura está certificada por Bio Latina, una institución líder en sistemas de certificación en Latinoamérica.

—Igual pasa con nuestra algarrobina, el algarropolvo o el café de algarrobo —agrega Gregorio Maza.

En Santiaguero, como en Locuto, se ha reforestado el bosque seco con algarrobos en muchas de las 130 hectáreas de la asociación para crear actividades productivas de manera sostenible.

—Antes quién iba a imaginar que esto podía suceder. Cuando yo era niño veía cómo se cortaba a diario los árboles; sobre todo los algarrobos para leña y fuego —dice Simón Ramos Mendoza, uno de los socios de María de los Ángeles—. Nadie sabía qué era conservación. Y es que para eso es necesario que alguien te lo diga y explique. ¿Acá quién lo iba a hacer?





» La planta de Chutuque está a pocos metros de la carretera Panamericana Norte.



» La miel orgánica de todos los proyectos de Piura fue certificada por Bio Latina, una institución líder en este campo en Latinoamérica.

Simón Ramos tiene 34 años, dos hijos, un mototaxi que conduce a diario y muchas preguntas:

—Cuando se es joven y no se tienen alternativas para progresar se sufre mucho. ¿Cómo puedes cuestionar que alguien quiera irse de Santiaguero a buscar un futuro? ¿Cómo puedes saber si lo que haces está bien o mal si nadie te lo enseña? Ahora cuidamos los algarrobos, pero antes no era así.

Mientras se pasa más tiempo en los caseríos en donde se desarrolla el Programa de Pequeña Donaciones, uno no puede evitar comparar, de alguna u otra manera, la vida de sus pobladores con la de los árboles que ahora protegen:

los algarrobos. Y encontrarlas muy parecidas: existencias tan discretas que antes nadie les prestaba atención. Los algarrobos eran ignorados por los campesinos tanto como ellos lo eran por las autoridades o el gobierno.

—Antes te decían que todo iba a mejorar, pero uno siempre esperaba y esperaba. La asociación es la primera prueba concreta —dice, por su lado, el primo de Simón, Felipe Maza Ramos—. Lo que nos da más orgullo es que la planta de producción la construimos con nuestras propias manos. Pero aún falta mucho por hacer.

La asociación tiene en la actualidad 50 socios, pero en la planta solo trabajan seis de manera constante, sin que

El 95,46% de las familias de Chutuque es dueña de ganado caprino y ovino. El 50% de éstas posee entre 5 y 20 cabezas de ganado; el 28,57%, entre 20 y 40, y el 21,43%, más de 40.

aquello signifique un sueldo estable: depende de lo que se produzca. Por ello muchos tienen actividades paralelas: crían cabras, ovejas.

—La asociación también ha contribuido al mejoramiento de la raza de ovinos que hay en Santiaguero —dice Arnulfo Pasache Ramos, el responsable del ganado en María de los Ángeles—. Gracias al Programa de Pequeñas Donaciones se han hecho cruces con ovejas de la raza assblack, que es muy buena.

En el campo, cuando alguien dice que algo es muy bueno, es que definitivamente repercute en su vida: las assblack —que son un cruce de ovinos de raza blackbelly



con ovinos de raza assaf— producen leche, carne y lana; sus partos son por lo general de dos crías y, sobre todo, pesan mucho más que los ovinos criollos que antes eran la generalidad en Santiaguero. Se ha logrado mejorar casi el 100% del ganado de los socios, quienes antes tenían ovejas que al año pesaban un promedio de 10 kilos y ahora pueden llegar hasta los 50 o 60 kilos. De esta forma reciben por ovino un promedio de 300 soles, lo que es tres veces más que años atrás: es, definitivamente, un cambio en sus vidas.

—Igual nosotros sabemos que todo esto no es para nosotros, sino para nuestros hijos —reflexiona Simón Ramos—. Hay mucha gente que quiere todo rápido, resultados a la semana, al mes. No se dan cuenta de que esto es mejor, ya que crea un futuro. Para que crezca un algarrobo demora casi 20 años. Yo ahora no puedo usar lo que siembro, no lo puedo trabajar, pero sí lo harán mis hijos.

Los hijos de Simón son Lucrecia, de 15 años, y Jimmy, de 10. El pequeño ha seguido atento a su padre durante toda la conversación. Y es imposible saber si a su edad entiende con exactitud a lo que se refiere Simón Ramos. Saber si a los 10 años comprende lo que significa —y significará— vivir en Santiaguero. Si concibe el peso de esa palabra que esta mañana su padre ha repetido tantas y tantas veces: trabajo. Por ahora, Jimmy simplemente observa y de vez en cuando lanza una sonrisa.



» Jesús Litano es el encargado principal del apiario de la Asociación María de los Ángeles de Chulucanas. Nunca olvida cuando en 2008 produjeron cerca de 300 kilos de miel orgánica, la mayor cantidad lograda en la historia de la asociación.

Lo cierto es que socios como Jesús Litano, Arnulfo Pasache, Simón Ramos o Felipe Maza están empeñados en que ese trabajo se desarrolle. Y aparte de sus actividades paralelas, ahora todos ellos tienen responsabilidades con la asociación. O incluso más: retos, esperanzas, maneras de progreso.

Se han planteado, casi sin darse cuenta, una vida.

EL CLIENTE NO SIEMPRE TIENE LA RAZÓN

Es mediodía de un lunes y la plaza principal de Piura está colmada de gente. Mientras algunos simplemente se toman un respiro descansando en sus bancas, otros entran y salen de las tiendas que la rodean. Heladerías, dulcerías, restaurantes, tiendas de ropa, centros de electrodomésticos y agencias de viajes reciben clientes cada dos minutos. Es lunes, pero parece un día de fin de semana: el comercio aquí es tan contundente como el calor que hace esta mañana. Según algunos, la capital de este departamento del norte del Perú se moderniza a paso firme gracias a la llegada

de empresas mineras y petroleras. Prueba de ello es que ahora se ven mucho más autos cero kilómetros recorriendo sus calles y proyectos de edificios de apartamentos haciéndose realidad. La ciudad está recibiendo una inyección de capital que antes no se daba.

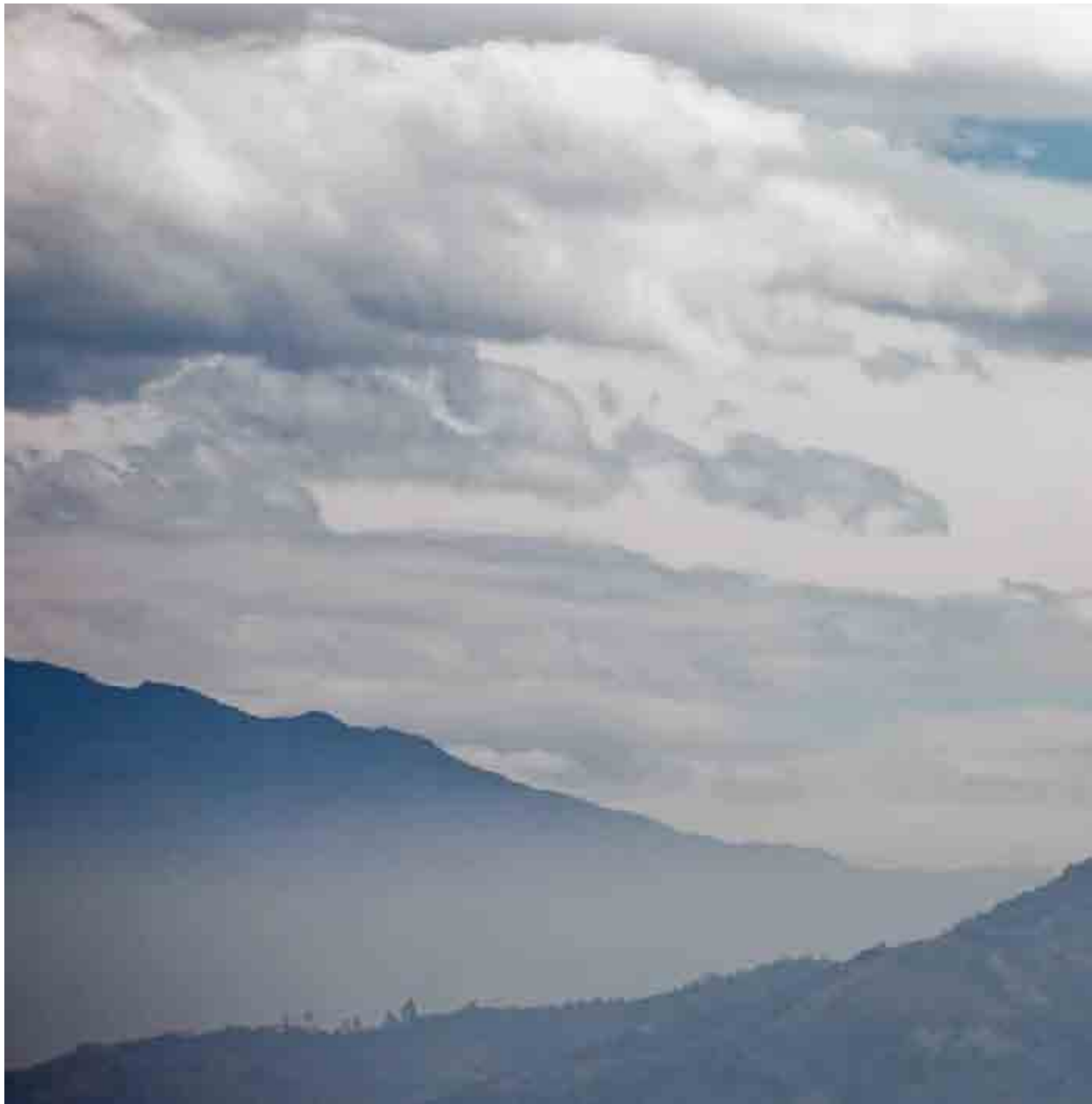
—El dinero que está recibiendo la ciudad contrasta con lo que sucede en su periferia, en donde muchas cosas no han cambiado en décadas —dice Damis Zegarra, la coordinadora del proyecto de Jililí.

—¿Qué factores determinan que los productos de los proyectos no se vendan si son tan buenos?

—Son varios, pero el principal es que no existe una cul-



» El apiario de Santiaguero es supervisado una o dos veces a la semana. Se les suele colocar a las abejas panela y agua para su alimentación.



tura en los compradores. Los productos orgánicos son diez veces mejores que los convencionales, pero son muy pocos los que tienen presente esto.

—Falta más difusión.

—Sí. Que conozcan, por ejemplo, las bondades de la algarrobina. Que se sepa que contrarresta la anemia y estimula el apetito en los niños. O que es un reconstituyente natural por su alto contenido de minerales.

Los beneficios que ahora enumera Damis Zegarra los repetirán, de diversas maneras, diferentes personas a lo largo de esta historia. En esos momentos, la imagen nuevamente se le aparecerá a uno en la cabeza: que los pobladores del bosque seco descubrieran las bondades de los algarrobos significó, de alguna manera, descifrar también sus propias vidas. Gracias al trabajo comunal, ellos se dieron cuenta que poseen un potencial tan grande como el propio bosque seco piurano.

EL GRAN MERCADO DE CHUTUQUE

Los niños Zircel Purizaca Castillo y Kevin Purizaca Castillo poseen los mismos apellidos, pero no son hermanos. Es sábado, diez de la mañana, y ambos juegan en la tierra con un pequeño camión de juguete. Al lado del diminuto vehículo de plástico pasan, cada dos minutos, camionetas 4x4 última generación y gigantescos trailers que se dirigen al centro de Piura. Son muy pocos los piuranos que han oído hablar de Chutuque, el caserío donde viven ambos niños, sin embargo, son muchos los que, sin saberlo, han pasado por él: Chutuque se encuentra a solo unos metros de la carretera Panamericana Norte, en el kilómetro 945, y es un paso obligado cuando se ingresa o se abandona la ciudad de Piura.

—Por estos días es muy raro que los autos se detengan para comprar nuestros productos. Está haciendo demasiado calor, y la algarrobina y la miel no pegan con el calor —dice Simón Purizaca Chávez, presidente de la Asociación

» Gregorio Maza, presidente de la Asociación María de los Ángeles de Chulucanas, confía en que pronto tendrán más clientes para la algarrobina y la miel orgánica que producen en Santiaguero.



» Las cocinas mejoradas consumen de mejor forma la energía de la leña y, sobre todo, protegen la salud de las mujeres.



La actividad extractiva crece en las temporadas secas, en donde disminuye la pesca, la agricultura y los pastos para el ganado.

de Vivientes del Caserío de Chutuque—. Es un poco irónico, ¿no?

A un lado de la carretera se encuentra la planta de la asociación y, unos metros más allá, un pequeño puesto en donde se exhiben 6 o 7 botellas con miel y algarrobina. Pero esta mañana, tal como vaticina Purizaca Chávez, ningún auto se detendrá. El único movimiento que habrá en las próximas horas será el de los niños jugando inmersos en una escenografía hecha por el cielo azul intenso, el bosque seco infinito y la carretera Panamericana Norte.

La asociación que dirige Simón Purizaca, al igual que otras que fueron financiadas por el Programa de Pequeñas Donaciones para proteger la biodiversidad del bosque seco,

produce algarrobina, café de algarrobo, algarropolvo y miel de abeja orgánica. Y en muchos hogares del caserío también se implementaron cocinas mejoradas para cuidar la salud de las amas de casa y proteger el medio ambiente.

En esta época —a diferencia de los proyectos de Locuto y Santiaguero— no hay demasiada producción: la temporada no ha dado suficiente algarrobina y ha paralizado en cierta medida las labores de la asociación.

—Muchos trabajan también en ganadería y agricultura. Así obtienen ingresos —dice Celedonia Morales, la esposa de Simón Purizaca. Tiene 49 años y viste un mandil muy bien cuidado para tener tantos años de uso—. Otros se han ido a Sechura, Paita, Talara, en busca de trabajo.

En caseríos como Santiaguero, Vega Honda y Alto del Gallo suele encontrarse enjambres de abejas en los troncos de algarrobos, zapotes y faiques. Son cruces de abejas criollas con abejas africanas, conocidas en la zona como "africanizadas".

Este día de fin de semana los únicos que se encuentran en la planta de procesamiento son Simón Purizaca, Celedonia Morales y sus dos nueras: las hermanas Teófila y Magdalena Castillo, quienes son esposas de dos de los hijos del matrimonio Purizaca Morales. Así se explica que Kevin y Zircel, sus niños, lleven los mismos apellidos siendo primos. El esposo de Teófila ahora trabaja como estibador en Talara, esa ciudad del norte del Perú famosa por sus yacimientos de petróleo.

—Ha tenido que irse para allá porque en esta época casi no hay algarrobina —cuenta Teófila—. Él es socio desde hace mucho tiempo, así como mis suegros. Yo ingresé en el 2007, luego de casarnos.

—¿Y tú con Kevin por qué se han quedado en Chutuque?

—Mi esposo va a regresar. Él cree en este proyecto, sino que ahora es una mala temporada. Pero él confía en que todo va a mejorar y vamos a poder vivir de lo que produzcamos.

El gran dilema de la gente que vive en los caseríos de Piura es siempre el mismo: emigrar o seguir confiando en que las cosas cambiarán en sus lugares de origen, atrapados en la pobreza. Una pobreza que muchas veces se traduce en desconocimiento: hasta antes de la llegada del Programa de Pequeñas Donaciones, las tres mujeres no imaginaban que talar los algarrobos para conseguir leña podía causar tantos problemas. El medio ambiente no era

»Trabajar con ganado asblack supuso capacitar a los beneficiarios en la aplicación de vitaminas, la construcción de instalaciones, la preparación de raciones balanceadas y el esquilado del ganado.



» Derecha: El cultivo de caña de azúcar se acondiciona perfectamente a los periodos de lluvia (3 meses) y de sequía (8 meses) que se dan en Jililí. Otro tipo de plantas no soportan ese estrés hídrico.

un tema prioritario en sus cabezas enfrascadas en miles de otros problemas. A lo mucho sabían que con el jugo de las vainas de algarrobo se podía preparar *yupisín*, una especie de mazamorra y postre clásico de las afueras de Piura. Entonces cuando llegaron las capacitaciones, las visitas de profesionales y especialistas, fueron entendiendo que proteger el bosque seco también era un tema que debía estar en sus cabezas. Se educaron.

—Yo quiero que ellas también vayan a ferias en otras provincias, porque se aprende mucho también —dice Celedonia Morales, la suegra de Teófila y Magdalena—. Allí ves cómo venden otros, cómo muestran sus productos.

Celedonia Morales ha asistido a media docena de ferias en diferentes partes del Perú llevando la algarrobina y la miel orgánica de Chutuque. Simón Purizaca, por su lado, ha recibido más de 20 capacitaciones en los casi diez años de vida de la asociación. Ambos siguen trabajando a pesar de que los números aún no sean redondos: cuando hay un pedido —porque en estos días se produce únicamente si lo hay— se paga al socio que trabaja un turno 10 soles. Y aquello, en el mejor de los casos, se da en tres o cuatro oportunidades al mes. Si a esta cantidad se le suma lo que se gana por la venta a precio final del producto, un socio no saca más de 100 soles mensuales.

Los productos de Chutuque aún carecen de la demanda necesaria que permita a los beneficiarios de la asociación vivir de estos. No sorprende que la familia Purizaca Morales y las hermanas Castillo recuerden hasta ahora el día en que la asociación llegó a vender media tonelada de algarrobina en una feria organizada en el distrito de Surco, en Lima. Fue hace dos años, demasiado tiempo atrás para una asociación que debería de fortalecerse por sus ventas.

—Estoy segura de que la asociación va a seguir creciendo. Lo ideal sería tener más trabajo, pero esto es mejor a no tenerlo. Ya nadie recuerda cómo era antes, cuando no había nada —dice Magdalena Castillo, la madre de Zircel—. Si quisiéramos, podríamos hacer productos de menos calidad y seguro serían más baratos. Así hacen muchos, y la gente les compra.

—¿Y por qué no lo hacen?

—Porque eso no sería darles un futuro a nuestros hijos. Gracias al Programa de Pequeñas Donaciones hemos

aprendido que debemos ser diferentes. Dar algo de mucha calidad para que perdure en el tiempo.

Magdalena Castillo habla del futuro de Zircel, pero también del bebé de siete meses que espera. Y si bien cada día que pasa se siente como si el tiempo de Chutuque se acabara, en donde los niños crecen y los adultos se vuelven ancianos, a Magdalena pareciera no importarle. Todo con tal de que sus hijos no repitan la historia que le tocó vivir a ella.

Cambiar la historia, así como se cambió la historia de los algarrobos, esos árboles de ramas irregulares y delgadas que pueden alcanzar hasta quince metros de altura y con los que siempre convivieron en el bosque seco. Un árbol

La deforestación en el caserío de Jililí era causada, en parte, por el consumo de leña en las “cocinas abiertas”, las cuales no usaban la energía de forma eficiente. En 2005, una familia podía aniquilar hasta 32 árboles al año.

al que antes nadie le daba importancia, pero que hoy puede salvar el futuro de sus familias. Al descubrir la importancia de los algarrobos —de la vida de los algarrobos— lo pobladores de estos caseríos alejados del desarrollo han encontrado también el valor de sus propias vidas: ahora saben que son capaces de hacer cosas planificadas, buenas, productivas.

—No sé si me vayas a creer, pero yo nunca he pensado en irme de Chutuque —dice Simón Purizaca, decidido.

—¿Por qué?

—Hay muchas limitaciones y se sufre mucho, pero no hay como vivir acá: uno puede encontrar todo en el campo y en el río. Es como tener un mercado abierto las 24 horas del día. Un mercado con productos frescos. Podemos ser muy pobres, pero, dime, ¿quién puede darse ese lujo?



» Alfredo Carmen, de 27 años, es uno de los pocos jóvenes que decidió no irse de Jililí.



JILILÍ DE LAS ALTURAS

Al principio hubo un error. Un error técnico. Eso es lo que dice Carlos Rojas cuando cuenta sobre los inicios de la Asociación de Pequeños Productores Agropecuarios del distrito de Jililí, en donde es presidente. Rojas tiene 55 años, la mirada fuerte, la voz suave, es bajo, usa gorra y —como si se tratara de un *tic* adquirido por tantos años de trabajo en el campo— cada diez minutos observa su reloj. Cuando el Programa de Pequeñas Donaciones llegó al caserío planteó crear un vivero para la conservación de diferentes especies de árboles del bosque de neblina: Jililí se encuentra a 1.300 metros sobre el nivel del mar, por ello su bosque es considerado de neblina y no seco. Nadie pensó los problemas que conllevaría el proyecto.



» Las pequeñas plantas de procesamiento de caña de azúcar abundan en Jililí: una persona gana en un día de trabajo aproximadamente 15 soles haciendo panela o aguardiente.

—Todos los socios nos comprometimos a recolectar las semillas para el vivero: nogal, chochonto, puchugero negro, entre otras especies. Y ya todo estaba listo: el terreno del vivero, las bolsitas con la tierra, sus camas. Entonces nos dimos cuenta de que no había semillas en todo Jililí. Nadie encontraba. Fue un gran error.

Lo que encontraron los socios fueron algunas semillas de chochonto y nogal, pero nada más. En la radio se lanzaban mensajes a todo aquel que quisiera venderle a la asociación, pero era tiempo perdido: nadie contestaba a esos llamados. El vivero, que iba a ser el más grande en la historia del caserío, estaba destinado a casi 15 especies que estaban desapareciendo del bosque de neblina. El entusiasmo de los socios decayó y muchos se marcharon. El fracaso parecía claro e inevitable.

Aquel error, como muchas otras cosas que suceden en el campo, nadie lo vio venir hasta que apareció. Sin embargo, algunas familias persistieron en el proyecto del vivero, y

El distrito de Jililí se encuentra a 1.300 metros sobre el nivel del mar, por ello su inmenso y rico bosque es considerado de neblina y no seco.

fue entonces cuando la maldición de la búsqueda se transformó en bendición: los socios que continuaron se dieron cuenta de que para motivar a los demás pobladores de Jililí no bastaba con recolectar semillas de árboles de la zona, sino que era clave que las especies destinadas al vivero fueran económicamente rentables en el futuro.

—La gente quería que el proyecto tuviera un valor agregado. Entonces cambiamos de estrategia: decidimos que en el vivero se sembraría caoba, cedro, falso roble, teca



—cuenta Damis Zegarra, la coordinadora del proyecto de Jililí—. Las familias volvieron a entusiasmarse: por un tronco de caoba o de cedro de 20 años pueden pagar hasta 5.000 dólares. Trajimos semillas incluso de la selva en el 2008.

Hoy Jililí se ha convertido en un ejemplo para los caseríos de la zona, en donde muchos comentan de esta experiencia. De los 10.000 plantones que se conservaron, 8.500 ya fueron replantados en las chacras de los socios. Es decir, cerca de 22 hectáreas de bosque húmedo, mucho más de lo que se habían planteado en un inicio.

—Ahora lo importante es cuidar los árboles que cada uno tiene, porque al tener valor son codiciados —dice Alfredo Carmen Chinchay, 27 años, cuerpo macizo, sonrisa fácil—. Antes se los robaban cuando aún eran plantas jóvenes.

Alfredo Carmen es vocal de la asociación y uno de los pocos jóvenes que se encuentran en Jililí. En este caserío a cuatro horas al norte de la ciudad de Piura y a solo treinta minutos de la frontera con Ecuador, lo que abundan son los niños y los adultos. Los adolescentes luego de acabar la escuela suelen marcharse de aquí. Sin embargo, esta situación está cambiando poco a poco. Y en esto tiene que ver mucho el Programa de Pequeñas Donaciones: además

el medio ambiente y la salud de las personas, pero nunca se pensó que podía transformarse en una opción más de trabajo. Es el caso de Alfredo Carmen:

—Yo fui uno de los que fue capacitado para hacer cocinas mejoradas. Se suponía que sería para implementarlas en las casas de la comunidad, pero ahora me llaman de ONG y otras asociaciones. Las hago de forma particular, y en dos días de trabajo puedo ganar 60 soles, que acá es bastante dinero. Es dos o tres veces más de lo que saco trabajando en la caña de azúcar, que es lo que hacemos todos acá.

El caso de Alfredo Carmen es emblemático. Todos en Jililí lo saben. Sobre todo su madre:

—A mí me hubiera gustado que estos proyectos llegaran antes, porque creo que así podría estar con todos mis hijos —dirá algunas horas más tarde Isabel Chichay Alvarado, la madre. Tiene 67 años, es viuda desde los 30 y siete de sus ocho hijos viven en Lima—. Los jóvenes tienen más posibilidades ahora en Jililí.

Basta hablar con cualquiera de los socios para comprobar que se ha creado cultura ambiental y productiva. Que todos saben que se debe trabajar de manera sostenible: pensando en el futuro, ese futuro que muchos creían que

Según un inventario forestal de 2003, el bosque seco de Santiaguero tenía un 60,78% de terreno desprovisto de vegetación. Los 50 kilos de semillas de algarrobo que sirvieron para reforestar el caserío (100 hectáreas) fueron comprados en Chutuque, lugar en donde también se llevó a cabo un proyecto del SGP.

de la conservación de las especies de árboles del bosque de neblina, actividades como el cultivo de caña de azúcar o la producción de panela y de miel de palo de mosquitos sin agujón se han transformado en una fuente de ingresos. Incluso, líneas de trabajo cuyo fin no era éste: la implementación de cocinas mejoradas tenía como objetivo proteger

ya no existía. El objetivo ahora es seguir capacitándose y promover esos conocimientos. Y motivar a las nuevas generaciones: en las escuelas se habla de temas ambientales, los niños quieren saber lo que hacen los adultos, los adolescentes quieren asistir también a las reuniones de la asociación para escuchar lo que se decide.

» El bosque de neblina de Jililí se encuentra a 1.300 metros sobre el nivel del mar. Para llegar al caserío se debe transcurrir por caminos en donde la naturaleza lo abraza todo.





» Carlos Rojas, presidente de la Asociación de Pequeños Productores Agropecuarios del distrito de Jililí, y Julio Vicente, uno de los socios, aprendieron los secretos de la apicultura gracias al SGP.

—Si esto fracasa, será por nosotros. Al inicio fue difícil, y seguirá siendo así. Muy pronto acondicionaremos nuestra planta de procesamiento de panela, y seguro tendremos problemas, pero encontraremos soluciones. Así siempre ocurre en el campo —dice Carlos Rojas, al frente de una taza de café en uno de los pocos restaurantes que hay en el pueblo.

En la plaza principal de Jililí, por primera vez en este viaje, corre un viento helado que te sacude el cuerpo. No hay muchas luces encendidas, ya no hay gente ni bulla ni movimiento: es el silencio hondo que se repite noche tras noche en este pequeño caserío. Y en todos en los que se encuentra el Programa de Pequeñas Donaciones: sitios pequeños y apartados en donde no hay demasiadas comodidades ni pasatiempos ni opciones de vida. Y en donde cada respuesta se parece tanto a la otra. Tan diferentes pero a la vez tan similares, y que se han repetido por décadas. Entonces la imagen se le aparece nuevamente a uno en la cabeza: descubrir la vida secreta de los algarrobos fue entender la

vida anónima que ellos mismos padecían: ahora saben que pueden cambiar su futuro, que pueden vivir otras historias.

Y es entonces, también, en que es inevitable recordar la conversación con José Juárez Carmen, uno de los primeros socios de la empresa comunal Santa María de Locuto:

—Cuando se escucha por tanto tiempo promesas que no se cumplen, uno termina creyendo en muy pocas cosas. Cuando me hablaron de formar la asociación, yo tenía dudas, pero debía elegir: confiar o quedarme sin hacer nada.

—Usted eligió confiar.

—Claro, así no hubiera dado resultado. Cuando eres pobre tienes tan pocas opciones en la vida, que la única que nunca debes tomar es quedarte sin hacer nada. ■

» **Derecha:** Isabel Chinchay Alvarado tiene 8 hijos, de los cuales 7 viven en Lima. Solo Alfredo Carmen, el menor, se ha quedado junto a ella en Jililí.



SANTIAGUERO

EN PLENO CORAZÓN DEL BOSQUE SECO DEL CASERÍO DE SANTIAGUERO se ubica la planta de procesamiento de la Asociación María de los Ángeles de Chulucanas. Posee 130 hectáreas en donde se han replantado a lo largo de los últimos años árboles de algarrobo, los cuales han permitido generar actividades productivas de manera sostenible.



A. ALGARROBINA, presentación de 150 g. / B. ALGARROBINA, presentación de 250 g. / C. MIEL DE ABEJA ORGÁNICA, presentación de 150 g.

CHUTUQUE

LA ASOCIACIÓN DE VIVIENTES DEL CASERÍO DE CHUTUQUE contó con la asistencia técnica del Programa de Pequeñas Donaciones durante 18 meses. Hoy sus socios suelen viajar a ferias en distintas partes del Perú para comercializar y dar a conocer sus productos orgánicos.



A. ALGARROBINA, presentación de 150 g.
B. MIEL DE ABEJA ORGÁNICA, presentación de 150 g.
C. MIEL DE ABEJA ORGÁNICA, presentación de 1 k.

LOCUTO

LA EMPRESA COMUNAL SANTA MARÍA DE LOCUTO FUE LA PRIMERA ASOCIACIÓN que recibió ayuda del Programa de Pequeñas Donaciones en Piura. Está conformada por 32 socios, quienes edificaron la planta en la que actualmente producen y venden sus productos. Su labor en el caserío ha servido de ejemplo para otros grupos comunales de la zona.



A. MIEL DE ABEJA ORGÁNICA, presentación de 500 g. / B. MIEL DE ABEJA ORGÁNICA, presentación de 150 g. / C. ALGARROBINA, presentación de 150 g. / D. CAFÉ DE ALGARROBA filtrante sin cafeína, presentación de 250 g. / E. ALGARROPOLVO, presentación de 200 g. / F. ALGARROMACA, presentación de 200 g. / G. CAFÉ DE ALGARROBA instantáneo sin cafeína, presentación de 250 g. / H. ALGARROPOLVO, presentación de 100 g. / I. ALGARROMACA, presentación de 100 g. / J. ALGARROBINA, presentación de 500 g.

LOS GUARDIANES DEL BOSQUE SECO

O POR QUÉ LA MIEL ES COSA DE HOMBRES Y EL ALGODÓN, DE MUJERES

Crónica: Xabier Díaz de Cerio

Fotografía: Enrique Castro-Mendivil



» José Orellano intuye un futuro próspero dedicado a la producción de miel orgánica y la protección del bosque en el que vive con toda su familia.

Proteger el bosque es proteger su agua y la vida de las personas, animales y plantas que viven a la vera de los arroyos, jagüeyes y ríos a lo largo de todo su recorrido. Ésta es la historia de un grupo de comunidades que viven en distintas partes de la cuenca del río Chiniama y que han comenzado a cuidarlo.

Desde las alturas hasta el llano costeño, primero dejaron de talarlo y luego apostaron por la producción de miel orgánica o el cultivo del casi desaparecido algodón nativo.

¿Lograrán que sus iniciativas se vuelvan sostenibles en el tiempo?



- Temperatura exterior?
—Menos de 35 grados Celsius.
—Perfecto. ¿Tienen preparado el ahumador?
—Preparado.
—¿Palanca universal?
—Preparada.

Mientras el resto de compañeros terminan de ajustarse el traje protector, Bernardo Montalbán anota cada detalle, por mínimo que sea, en una hoja similar a las que ha llenado decenas de veces. Adán, enfundado en un mameluco grueso de algodón, se acomoda la máscara que le cubrirá

toda la cabeza y parte del torso. Rubén, que ya está preparado, ayuda a su hermano a fruncir la tela mosquitera que —cosida al sombrero y que le cae sobre los hombros— evitará cualquier ataque sorpresa proveniente del exterior. Ambos son los primeros en abandonar este espacio rústico y tradicional de 5 x 3 metros, construido con palos de overo entrelazados y barro seco, levantado en medio de un paisaje árido, aislado y silencioso; casi lunar.

Rosendo será el siguiente en dejar su ropa de humano para dar los primeros pasos con sus botas de jebe blancas, su mameluco y una aparatosa máscara de protección. La



mirada de Bernardo fiscaliza de pies a cabeza a cada compañero. “Son las 11:00 am”, apunta en la parte superior de su reporte. “Misión: la cosecha de las colmenas N° 28 y 30. Nos acompañan dos periodistas de Lima”.

Estos seis apicultores uniformados, que caminan como batallón, parecen realmente astronautas, seres de otra galaxia deambulando por un escenario hostil y teatral. Hoy, los exploradores del “Planeta Seco”, que recorren el bosque vestidos de un blanco impoluto tal y como dictan las normas que rigen la producción de productos orgánicos, nos guían hasta las 32 colmenas que desde 2006 han aprendido a cuidar y proteger. Generalmente patrullan solos o en pareja cada rincón de las 20 hectáreas que han delimitado con unos sencillos chalecos en cuya espalda destacan dos grandes palabras: “Guardabosques voluntarios”. Pero no siempre fue así. Cambiar su mentalidad dejando de talar árboles para apostar por la producción de miel orgánica como manera de cuidar el entorno ha supuesto, parafraseando a Neil Armstrong, un pequeño paso para el hombre, un gran salto para la comunidad.

—Proteger el bosque está siendo para nosotros muy difícil porque seguimos siendo pobres —comenta Bernardo, poblador de El Porvenir, una humilde comunidad situada en el corazón del bosque seco de Olmos, uno de los distritos agrícolas y forestales más extensos del Perú.

CONSERVACIÓN Y NEGOCIO

Efectivamente el drama de estos pobladores es luchar contra su pobreza evitando atentar contra la masa forestal con la que conviven, y que en la mayoría de los casos ha sido su único recurso para sobrevivir en un lugar que consideraban hostil.

—En la naturaleza hay bastante trabajo, pero a veces por desconocimiento no nos hemos dado cuenta —apunta Humberto Sosa, señalando el espacio que nos rodea.

Hace una década los agricultores talaban indiscriminadamente algarrobos, taras u overos. Cortar los árboles nativos para hacer carbón era la manera más rápida y segura de obtener ingresos. En las décadas del 70 y 80 del siglo pasado —castigadas con la mayor depredación— pobladores locales y foráneos arrasaron con el equivalente a mil campos de fútbol.

José Orellano, agricultor, ex talador y actualmente presidente de la Asociación de Protección de los Bosques Secos (Asprobos), comenta que vendieron cientos de

miles de pies cúbicos de madera palosanto para construir cajones donde transportar las grandes cosechas de limón o mango que produce la otra parte del distrito; o madera de hualtaco para elaborar el parquet para los pisos que, desde varios puntos del país, demandaba el pujante sector de la construcción.

¿Cómo aprovechar el bosque sin cortarlo? Es una pregunta que José ha lanzado al viento cientos de veces paseando por los alrededores del caserío El Choloque, en la cuenca media del río Chiniama. Conversador y excelente narrador de historias, este agricultor confiesa que llegó un momento en que las 18 familias que actualmente viven en el caserío, entre ellas la suya, advirtieron que si continuaban talando a ese ritmo, lejos de enriquecerse terminarían siendo aún más pobres.

—Queremos conservar nuestros bosques, pero también aprovecharlos. Son muchos los ecologistas que hablan del cuidado del medio ambiente desde sus oficinas, pero en la práctica somos nosotros los que vivimos aquí —reflexiona—. Necesitamos dar de comer, educar y preocuparnos por la salud de nuestros hijos. Para mantener en pie el bosque debemos pensar en nuevas alternativas.

Empeñados en buscar actividades que disminuyeran la presión forestal y generaran nuevos ingresos, a través de la asociación que formaron, se presentaron en 2002 a una convocatoria del Programa de Pequeñas Donaciones del GEF/PNUD. Un programa presente en más de 100 países y que buscaba precisamente la conservación del medio ambiente y su manejo sostenible a través de iniciativas como la de José y sus compañeros, integrantes de una comunidad organizada, con un cierto grado de control al acceso a sus recursos naturales y convencida de que su bienestar depende del manejo racional de sus recursos a largo plazo.

El ecosistema del bosque seco comprende una franja costera de entre 100 y 150 kilómetros de ancho que se extiende a través de los departamentos de Tumbes, Piura, Lambayeque y el norte de La Libertad.

Ruperto Orellana, el socio encargado de asistir a las primeras charlas informativas convocadas por los técnicos del programa, recuerda este periodo como una época de incertidumbre y esperanzas contenidas. Dice un refrán que el que espera, desespera, y las primeras semanas, pendientes de una respuesta positiva, se hicieron eternas.

—En la primera reunión nos sentimos unos simples campesinos entre un montón de ingenieros, conscientes de nuestra realidad, con unas ganas inmensas de salir adelante pero sin experiencia ni para redactar el proyecto —comenta Ruperto—. Pasado un tiempo, al no recibir noticias, pensamos: ‘ya fuimos’.

Pero la llamada desde Lima finalmente se produjo y fue una bocanada de aire limpio y fresco como el que recorre estas colinas que un día fueron parte de la Hacienda Tongorrape, donde actualmente son varios los caseríos que comparten las 4.000 hectáreas destinadas a la agricultura y las 8.000 de bosque seco donde todavía crecen una gran cantidad de árboles de algarrobo (*Prosopis spp*), palo verde (*Parkinsonia aculeata*), palo santo (*Bursera graveolens*), faique (*Acacia Macracantha*) o sauce (*Salix humboldtiana*), entre otras especies.

» **Arriba:** José Antonio Requejo comprueba el color y la textura de la miel recién cosechada en el caserío El Choloque, en Motupe.
Abajo: Micaela Martínez ha dejado de producir mermeladas para el autoconsumo y ahora ve en esta actividad una seria posibilidad de mejorar los ingresos familiares en una zona donde hay muy pocas oportunidades laborales.



El camino por el que ha transitado la gente del caserío El Choloque ha sido exigente, escarpado y lleno de obstáculos como el que ahora recorremos subiendo y bajando colinas para llegar hasta las 16 colmenas orgánicas que bajo el cerro protector Pan de Azúcar, en la Quebrada del Venado, cuidan como un auténtico tesoro. Aprobada su iniciativa, el primer paso fue buscar asesoramiento técnico y profesional. Con dicha asistencia y ayuda dieron los primeros pasos, aún dubitativos e inciertos, y a través de un improvisado concurso de ideas llegaron a la conclusión de que debían producir miel orgánica y mermeladas de mamey y mango, únicas en la zona.

Así fue como estos campesinos que solo cosechaban miel convencional destinada al autoconsumo, se convirtieron en apicultores orgánicos profesionales. Simultáneamente sus mujeres abandonaron el único papel que hasta entonces conocían de esposas y madres, y comenzaron a contribuir de manera activa a la economía familiar mediante la producción y venta de mermeladas, jaleas y conservas en almíbar. La salud del bosque comenzaba su paciente recuperación.



» La producción de láminas de cera se tiene que realizar derritiendo al baño maría cera extraída de las mismas colmenas.



» La profesionalización de las actividades productivas es una pieza clave para lograr ingresar a un mercado todavía reticente. La implementación de una cocina económica ha supuesto para la familia Mayanga un gran paso en este sentido.

EL ÁRBOL FAMILIAR

Los árboles son sinónimo de vida, y en el caserío de Piedra Mora, en Lambayeque, también lo son de historia. Los algarrobos son como las familias: tienen raíces profundas, un sólido tronco con ramas principales de las que parten otras secundarias que juntas conforman una copa grande y tupida. Hace casi 30 años tres hermanos Mayanga heredaron un terreno familiar en lo profundo del

bosque de Olmos, un lugar frío y remoto a varias horas de caminata desde Pasaje Norte, la comunidad habitada más cercana. Néstor Mayanga, un hombre decidido y religioso, reunió a su esposa Isabel y a sus cuatro hijos y comenzaron su particular odisea por el páramo. En ese momento casi nadie imaginaba lo que significaría ese bosque en sus vidas. Cuando se asentaron en el verano de 1982 toda la propiedad estaba talada.

—El bosque que recordaba de niño había desaparecido. Para colmo un incendio terminó de destruir lo poco que aún quedaba en pie —narra con emoción este abuelo mientras dibuja en la tierra con su dedo índice y con trazo firme un plano del entorno donde nos indica cómo comenzó su aventura—. Sin embargo, fue al año siguiente que Dios se apiadó de nosotros y mandó unas intensas lluvias que provocaron que el bosque volviera a resucitar.

Las semillas esparcidas a través de los excrementos de los rebaños de ovejas que hacían pastar sus hijos, al contacto con la humedad, comenzaron el milagro de la germinación. “Creced y reproducíos” es el pasaje de la Biblia —único libro que siempre lee— que se le viene a la memoria en esta parte de su relato. La época de bonanza coincidió con el nacimiento de más hijos; años más tarde llegaron los primeros nietos. La familia de Néstor ha



» El señor Néstor Mayanga es el pilar de esta extensa familia. Hijos, nietos y sobrinos han apostado por vivir en el bosque de manera sostenible dedicándose a la algarrobina, la miel orgánica y el ganado ovino y caprino.

crecido a la par de este bosque de algarrobos y zapotes que tres décadas después pueblan el paisaje que rodea las humildes casas de cemento, barro y madera de los Mayanga.

—Nos ha costado tanto esfuerzo hacer que crezcan los árboles que ni se nos pasa por la cabeza cortarlos para obtener carbón —comenta el señor Néstor—. Además, ¿cómo se alimentarían nuestras abejas si los talamos?

En el campo no existen días de descanso y las 16 familias que actualmente conviven en este lugar desamparado —en época de lluvias pueden permanecer hasta 30 días aisladas debido a las crecidas del río San Cristóbal— se dedican de lunes a domingo a la producción de miel orgánica, algarrobina, al cuidado de los rebaños de ovejas y cabras. Juan, el hijo mayor de Néstor, de quien ha heredado su espíritu emprendedor, es el nuevo presidente de la Asociación de Apicultores de Pasaje Norte que desde 2005 ha generado un nuevo horizonte de posibilidades para la comunidad.

—Al principio no entendíamos nada sobre las asociaciones ni sabíamos cómo llenar los formularios en registros públicos. Viajamos a Lima con miedo, pensando que era un lugar peligroso. El resto de la familia se quedó en Piedra Mora, esperando y rezando porque no sabía si regresaríamos vivos —recuerda Juan, mientras que media docena de familiares, sentados sobre una banca de madera de algarrobo, comparten los recuerdos que evoca su hermano mayor—. Lejos de desanimarse y luchando contra sus propios miedos, los Mayanga ganaron la partida a la burocracia logrando el objetivo de asociarse, cumpliendo así un requisito indispensable para participar del Programa de Pequeñas Donaciones del GEF/PNUD.

—Hace unos años no proyectábamos disponer de todo lo que tenemos ahora. Comenzamos con 5 colmenas, actualmente tenemos 25. Ahora sí podemos soñar.

—¿Y con qué sueñan, Juan?

—Soñamos con terminar nuestro local comunal, con completar nuestra miniplanta de procesamiento de miel y algarrobina y con mejorar la calidad de vida para que nuestros hijos tengan un futuro sostenible en la tierra donde han nacido. Tal como hemos aprendido con el Programa de Pequeñas Donaciones.

» Néstor Mayanga realiza periódicamente paseos por el bosque para evitar situaciones que puedan producir incendios o detectar actividades ilegales de extracción de madera.





VISIONES DE FUTURO

Los apicultores de El Porvenir, haciendo honor al nombre de su comunidad, también piensan a mediano y largo plazo. Dos dibujos presiden la pared principal de su local comunal, levantado en mitad de un terreno seco y arenoso a escasos metros de la antigua Panamericana Norte. El afiche de la izquierda representa su pasado: algarrobos de ramas retorcidas se intercalan con casitas de adobe y cercos de overo como los que hemos visto a lo largo de la ruta que conduce a Chiclayo. Han pintado ovejas, una pequeña zona de colmenas y un modesto pero digno local de ladrillo y calamina dividido en tres ambientes: la algarrobera, para almacenar la vaina de algarroba, la zona de procesamiento de la miel y la sala de reuniones, donde nos encontramos.

En un segundo papelógrafo recogen todas sus aspiraciones: junto a los algarrobos, antes solitarios, ahora está dibujada una posta médica, el local comunal es más grande porque en su extremo izquierdo han construido una pequeña fábrica de mermeladas. Han diseñado un molino para producir polvo de algarroba con el que harán galletas y queques que luego venderán en los restaurantes que ofrecen comida típica a ambos lados de la carretera. Todas las casas ya tienen luz y un tanque elevado suministra agua potable al conjunto de familias.

El presente, sin embargo, no está representado en ningún dibujo. No hace falta. Lo tienen almacenado a tres metros de donde estamos. Dos docenas de baldes de unos 20 kilos de capacidad rebosantes de miel se acumulan en una esquina seca y oscura. Casi toda la producción de miel de los últimos dos años espera pacientemente a los compradores que no terminan de llegar.

—Lo más difícil es conseguir el mercado. Faltan las estrategias para llegar al público consumidor —se lamenta Adán Odar.

El principal problema de estos apicultores es enfrentar la falta de educación del consumidor nacional que no está dispuesto a pagar más por un producto clasificado como “orgánico” por muchas certificaciones que tengan.

» Rosendo, Adán y Rubén cosechan, conforme a la normativa que rige a los productos orgánicos, la miel de la colmena N° 22. Una buena cosecha supone unos 25 kilogramos de miel por colmena.



» El proceso de producción consiste en despercular las pequeñas celdas que contienen la miel con un trinche de acero inoxidable. Posteriormente se colocan los bastidores en una centrífuga para luego recolectar el producto en baldes especialmente acondicionados.

Mientras un kilo de miel convencional se vende entre 10 y 12 soles, la miel orgánica cuesta el doble. Sucede, según José Orellano, que el comprador desconoce el trabajo que hay detrás de cada frasco de miel y no sabe, por ejemplo, lo costoso que es que la certificadora internacional —Bio Latina— apruebe, una por una, cada etapa del proceso de cosecha y producción. Cambiar todas las herramientas galvanizadas o de plástico que los apicultores convencionales utilizan por otras de acero inoxidable o quirúrgico o las capacitaciones que han tenido que recibir también ha supuesto una fuerte inversión.

La certificación llegó gracias al apoyo del Programa de Pequeñas Donaciones, el cual, en su momento, también financió el proyecto de El Porvenir.

Mantener dicha certificación y dedicarse a la apicultura orgánica es tremendamente demandante y exigente. Las colmenas, por ejemplo, tienen que ubicarse en terrenos planos, nivelados y secos a, por lo menos, 3 kilómetros de distancia de cualquier chacra o núcleo urbano para evitar

que las abejas puedan libar de flores tratadas con fertilizantes químicos. Sus panales tienen que estar contruidos de madera y no pueden tener clavos, pegamentos u otros componentes metálicos. Deben disponer de una fuente de agua fresca permanente y si no la hubiera son los propios apicultores los que, interdiario, tienen que proporcionársela mediante la colocación de recipientes de barro colgados de las ramas de los árboles cercanos al apiario.

DE ZÁNGANO A OBRERO

Cuando los campesinos del caserío El Choloque, pioneros en esta transformación, llegaron donde sus vecinos de Palo Blanco con la novedad de los productos orgánicos, Percy López, un joven y entonces algo flojo agricultor, se apuntó al taller de apicultura “porque tenía que inscribirme en alguna actividad” y pensó que atender a las abejas sería sencillo y trabajaría poco. No pasó mucho tiempo para darse cuenta de su error.



» Adán Odar, junto al resto de socios y amigos, tienen una mezcla de orgullo y desconfianza respecto a la miel que cosechan. Por un lado, están satisfechos porque están preservando el bosque seco de Lambayeque, pero por otro, no están seguros cuánto puedan tardar en vender sus productos.

—Creía que se ponía la caja y punto. Busqué lo que me parecía más fácil... pero con el paso del tiempo me di cuenta de que no era así. Después de apostar por la apicultura orgánica experimentamos una etapa de desánimo —continúa el relato Percy—. Ambientar a las abejas fue muy complicado y nos tomó casi un año. Habilitamos en la parte más remota del bosque un apiario que llenamos con las colmenas silvestres que descolgábamos de los árboles, pero las abejas no se habituaban y abandonaban el lugar.

Sin embargo, éstas terminaron acostumbrándose a las nuevas y excelentes condiciones laborales: casa, comida y agua a cambio de mano de obra en una zona, la del apiario, alejada de los caminos, ajena a ruidos, llena de zapote en flor y protegida de los vientos por cercos de madera de ove-ro trenzada de más de metro y medio de alto. Una producción solo interrumpida por la mano del hombre que, dos o tres veces al año, accede a los panales para extraer la miel, el polen y la cera depositadas en sus bastidores.

Son muchos los días que Percy ha tenido que recorrer de madrugada la hora y media que separa su casa del apiario. “Ahora ya entendí y hasta dormiría con ellas”, dice convencido el actual promotor de apicultura orgánica de Palo Blanco.

La realidad es que estos hombres de campo, gracias al Programa de Pequeñas Donaciones del GEF/PNUD, han dejado de talar el bosque para dedicarse a otras actividades sostenibles como la producción de una miel orgánica que actualmente tardan demasiado tiempo en vender. “No podemos ofrecerla por debajo de su precio porque si no baratearíamos nuestro producto. A nuestra miel le hace falta el marketing”, concluye José, mientras espera pacientemente que este producto orgánico alcance su precio justo.

ELLAS TAMBIÉN PUEDEN (Y QUIEREN)

A unos 80 kilómetros de El Choloque, en el límite costero del bosque seco, un grupo organizado de mujeres campesinas y artesanas también ha comenzado a proteger el rico patrimonio natural que les circunda. Avanzamos por una encrucijada de caminos de tierra y polvo que atraviesan y



delimitan los alrededores de Mórrope. Los algarrobos y zapotes, más escasos que en las escarpadas laderas de la cuenca alta, comparten el espacio con árboles de mango o de guaba que, más o menos alineados, cumplen el papel de centinelas entre las pequeñas chacras donde los locales siembran maíz, camote y diferentes tipos de ajíes. La cercanía del Pacífico hace de estas tierras salobres y malas para la agricultura y por eso desde antaño son muchos los

agricultores que han terminado convertidos en pescadores artesanales mientras sus mujeres permanecen en las casas dedicadas a cuidar a los hijos, a los animales de granja, y algunas, las menos, tejiendo a telar prendas de algodón. La señora Rosalía recuerda que su familia aún conserva la tradición de sembrar unas pocas plantas de algodón en los bordes de la chacra, porque la mejor tierra era “para los cultivos que nos dieran de comer”.

—A mi mamita le gustaba hilar y tejer y es por eso que mi papá cuidaba dos o tres plantas para que ella siempre tuviera algodón —recuerda con nostalgia esta abuela de Mórrope—. Fue ella quien de joven me enseñó a tejer. Después de que me casé, fue mi marido quien mantuvo las plantas para mí.

Las manos de Rosalía han tejido en más de medio siglo la gran mayoría de alforjas y fajas que su marido Pedro, y



Un reglamento del año 1940 prohibió la siembra del algodón país o “nativo” para eliminarlo y sustituirlo por algodones blancos introducidos, sin tomar en cuenta que era el ancestro de las principales variedades de algodón como los pimas, giza o yuma.

sus hijos lucen camino a la chacra. Las alforjas de algodón han sido la manera más tradicional y arraigada que han tenido los agricultores de la zona para transportar los utensilios necesarios para su quehacer diario en el campo, su pan y su fiambre. Tejer se ha tejido de siempre, pero fue hace diez años cuando un grupo de mujeres, encabezadas por Encarnación Bances, conocida por todos como Canacha, dejaron de ver el cultivo del algodón como una actividad para el consumo personal y creyeron que podía ser una espléndida alternativa para generar ingresos extra a través de la producción y venta de artesanías.

La comunidad Huaca de Barro, conformada por un puñado de casas, entre ellas la de Pedro y Rosalía, se asienta literalmente sobre una huaca de barro. Adobes de 1.500 años de antigüedad de la cultura Moche descansan a pocos metros bajo la tierra que pisan a diario; algunos integran como si nada los muros de reciente construcción que delimitan las propiedades. Fueron precisamente los pueblos costeros precolombinos, como los Moche, quienes comenzaron la tradición de sembrar estos campos con el algodón nativo para confeccionar vestidos y redes de pesca. Esta variante ancestral del *gossypium barbadense peruvianum*,

» Las plantación de algodón nativo ha sobrevivido en Mórrope gracias a un reducido grupo de mujeres que ha sabido mantener una ancestral tradición en las zonas periféricas de la chacra familiar.



» **Arriba:** Máxima Llantop aprendió las técnicas del telar de cintura de su madre, una de las últimas mujeres que aún las conservaba, lo cual fue clave para consolidar el papel de las artesanas. **Derecha:** La señora Eulogia, Máxima y Laurita, una tradición que perdurará por lo menos una generación más.

de fibra corta y prieto copo tiene su más sorprendente peculiaridad en la amplia gama de colores que presentan sus motas. En abril y mayo, terminado el verano, los campos de las campiñas de Mórrope no se tiñen del blanco convencional con que se visten otras partes de la costa sino de color canela, violáceo, crema o colorado. El algodón nativo crece en cinco colores aparentemente imposibles que dejan perplejos a cualquier ojo profano e incrédulo.

—Mi abuelita fue quien nos enseñó a cuidarlo. Antes se sembraban algunas plantas en los bordes de los canales, pero no se les daba mucha importancia porque solo eran para el consumo personal —comenta Máxima Llantop, junto a unos arbustos que su madre plantó hace tres décadas y que ahora expanden sus ramas desordenadas en un radio de, por lo menos, cinco metros—. Nosotras, que siempre hemos visto el algodón de diferentes colores, recién hemos descubierto que es muy particular. Tenemos que cuidarlo porque puede ayudarnos a salir de la pobreza.

CUANDO LAS MUJERES HABLAN DE TRABAJO

Treinta mujeres de las comunidades de Huaca de Barro, Arbosol y Hornitos creyeron que la unión hace la fuerza y en 2003 se organizaron para recuperar una planta que en ese momento languidecía arrinconada en los bordes de un número limitado de minifundos. Su iniciativa fue presentada al Programa de Pequeñas Donaciones del GEF/PNUD y después de pasar varias cribas obtuvieron de éste los fondos necesarios para comenzar a construir su sueño.

—Los comienzos fueron difíciles —recuerda Barbarita Santamaría, quien ejerció de presidenta de la asociación en uno de los periodos más complicados y delicados.

Al desconocimiento de las técnicas y los riesgos del cultivo intensivo del algodón se sumó un ambiente machista y controlador por parte de los hombres que no veían con buenos ojos que sus mujeres se juntaran por su cuenta para hablar de “cosas” de trabajo. En esas reuniones se produjo





» Las artesanas plasman en sus diseños un legado iconográfico que hunde sus raíces en pueblos y culturas precolombinas que representaron la naturaleza que les rodeaba de una manera muy estilizada.

el gran cambio, el que convirtió a un grupo de campesinas en artesanas.

—Anteriormente los hombres pensaban que solo debíamos atender la casa, a los hijos y a ellos cuando regresaban del campo. En estos años, además de capacitarnos en el hilado y el tejido del algodón, también hemos adquirido experiencia para poder hablar de lo que pensamos y sentimos con nuestros hijos y esposos. Hemos recuperado la iniciativa —concluye Barbarita.

Diez años después acuden a las reuniones en el pequeño y modesto local de la asociación tanto hombres como mujeres; y éstas, desde que aportan significativamente a una deprimida economía familiar, ya no tienen que pedir permiso como antaño para viajar a las ferias de artesanía regionales

y nacionales donde venden todo un catálogo de productos tradicionales que se están recuperando del olvido.

En un polvoriento transistor suena un viejo tondero:

*Un sábado por la tarde
me propuso mi patrón
me dijo Ay Asunción
Ay Asunción, chola china
sal pronto de la cocina
ya no pelarás gallinas.
Cuando llega la cosecha
con multicolor pollera
y con sombrero de paja*



» Josefa Acosta, la actual presidenta de la asociación de artesanas, tiene como reto consolidar el buen trabajo de sus antecesoras y gestionar el dinero del premio internacional recibido por su empeño en evitar la desaparición del algodón nativo.

*sale ya la apañadora
a apañar el algodón
a apañar el algodón (bis)*

Ocho artesanas, entre miradas cómplices, sonrisas y bailes, vestidas a la vieja usanza, con su falda negra plisada y su blusa blanca de encaje, representan coreográficamente la historia de una proeza en cuyo penúltimo capítulo, en 2008, se han hecho merecedoras del Premio Ecuatorial. Este galardón otorgado por la Iniciativa Ecuatorial reconoció los esfuerzos comunitarios de cinco proyectos en todo el mundo, entre ellos el de la Asociación de Artesanas de Arbosol y Huaca de Barro, por reducir la pobreza a través de la conservación de la biodiversidad.

Pero al comienzo no todo fue música ni mucho menos. Cuando quisieron recuperar el algodón nativo descubrieron que éste había prácticamente desaparecido. Como necesitaban semillas nuevas y frescas, organizaron un viaje hasta los límites del hostil desierto costeño, donde varios pobladores aseguraban haber visto todavía algunas plantas silvestres. Cuando llegaron, comprobaron que los efectos del último fenómeno de El Niño, en 1998, habían terminado de quemarlas. Desilusionados, pero sin perder la esperanza, idearon un “plan B”.

—Comenzamos a difundir por las radios locales que estábamos dispuestos a comprar semilla de algodón nativo —recuerda Humberto Llauce, el técnico agropecuario del proyecto— sin mucho resultado. Al principio los pobladores



» **Arriba:** Las artesanas comparten las tardes conversando mientras hilan los copos de algodón que cultivan en sus chacras.
Derecha: Yolanda Contreras realiza el vareado de la fibra, que consiste en golpear el algodón durante horas con unas varas de membrillo para lograr una compactación adecuada, y realizar luego el hilado.

no nos hicieron caso y apenas pudimos reunir 200 gramos que sembramos en media hectárea de terreno.

Racionaban las semillas que depositaban hasta un máximo de diez en cada hoyo. Unas veces prendían, otras no. Nacían dos, una, o ninguna. De los brotes tiernos que superaban la primera prueba y comenzaban a crecer, al no ser protegidos correctamente, terminaban en el buche de pollos y pavos. Posteriormente, cuando las campesinas idearon un gotero artesanal —a base de botellas de plástico vacías y cordones de rafia por donde caía el agua gota a gota— para hidratar correctamente a los retoños recibieron las burlas de sus maridos: “Cuándo se ha visto en el campo que se le ponga a una planta mamadera”, reían.

Empecinadas en encontrar nuevas semillas llegaron hasta una casita en la zona desértica de Monte Verde. Tocaron la puerta y al abrirse descubrieron el verdadero premio a tantos desvelos. El campesino que vivía allí no tenía semillas pero les puso sobre la pista del lugar en donde las podían encontrar. El hombrecillo entró en la casa y sa-

lió cargando un viejo almohadón que abrió en presencia de sus visitantes. La sorpresa se produjo cuando por la costura abierta asomaron los primeros copos de algodón, ya viejos y apelmazados, con los que había sido relleno el cojín. Adheridas a esta fibra y a la que lograron acumular adquiriendo posteriormente nuevas almohadas pudieron recaudar una razonable cantidad de semillas con las que comenzaron la definitiva recuperación de su algodón. Actualmente, la asociación ha logrado recuperar tres hectáreas donde cosecha 35 quintales de los cinco colores de la variedad nativa, lejos aún de los 150 quintales que produciría en ese mismo terreno el algodón convencional.

UNA TRADICIÓN SALVADA

Sus dedos ya no se mueven con la destreza de antaño y su mirada viva y cansada a la vez le impide hilar las motas de algodón oscuro; aunque con el blanco aún se entretiene mientras conversa animadamente. El verdadero valor de la



En 2008, el Congreso de la República declaró al algodón nativo patrimonio genético étnico-cultural del Perú, disponiendo su rescate, recuperación y conservación.

señora Eulogia Sisquén radica en mantener y transmitir una tradición: la de varear, hilar, torcer y tejer que ha estado a punto de desaparecer como consecuencia de la vida moderna y las nuevas formas de vida.

—Para poderme casar tuve que preparar el ajuar durante todo un año —recuerda la señora Eulogia—. Ahora las jóvenes lo mandan a hacer por encargo.

Eulogia pertenece a una época en la que las novias entregaban a la familia del esposo, como dote, un conjunto de alforjas, fajas, manteles y paños finos que ellas mismas tejían. En estas campiñas morropanas se decía que los suegros llegaban a querer mucho o poco a sus nueras en función de su destreza con el hilo de algodón. Eulogia, que en ese sentido asegura que fue muy querida, es una de las pocas abuelas que se han preocupado por transmitir las técnicas del telar a la siguiente generación. El aporte a través de una de sus hijas, Máxima, quien aprendió las técnicas desde niña, ha sido fundamental para que otras jóvenes, que no recibieron capacitación de sus madres, hayan recuperado el gusto por el tejido. Con los fondos obtenidos a través del Programa de Pequeñas Donaciones disponen de cuatro telares de pedal y treinta —uno por cada artesana— de los denominados de cintura con los que además de confeccionar fundas para celulares, billeteras, carteras o chales con motivos modernos y precolombinos están tejiendo un sólido porvenir.

—Cuando era niña mi abuelita quiso enseñarme a tejer pero yo le quebraba los usos que me preparaba —cuenta Yolanda Contreras, una de las más jóvenes y entusiastas asociadas que aprendió la técnica del telar de pedal ya de mayor, gracias a las clases de capacitación que impartieron

» El bosque seco es para estos campesinos su casa y su medio de vida. El reto es lograr un desarrollo sostenible sin atacar el medio ambiente.



en la asociación—. Hace ocho años mis compañeras me animaron a sembrar algodón nativo y lo hice. Ahora, y gracias a la artesanía que tejo con el algodón que produce mi chacra, he conseguido sacar adelante a mi familia. Mi hija Jackie está terminando enfermería, la profesión que siempre quise estudiar y que nunca pude por falta de recursos.

Las prendas de algodón nativo que salen de los pequeños talleres artesanos morropanos como el de Yolanda están comenzando la conquista de nuevos mercados y son piezas cada vez más apreciadas en las zonas altas de la cuenca donde las alforjas, por ejemplo, se vuelven imprescindibles para las actividades diarias de personas como Benito Nicolás, el presidente de la Asociación para la Conservación del Valle de Chiniama, otro convencido de vivir de y para el bosque.

EL EFECTO MARIPOSA

Benito es alto y flaco, sus manos trabajadas hablan de muchas horas invertidas en la chacra y la piel curtida por el sol denota frecuentes caminatas al aire libre. Tiene el rostro surcado por arrugas, no tanto por vejez como por experiencia, donde resalta la mirada sutil y serena de quien ha visto mucho en esta vida. Convencido de que las pequeñas acciones propiciarán el gran cambio, piensa que proteger el bosque seco es una cuestión de paciencia. En el campo, las prisas no son buenas consejeras, la naturaleza tiene sus ciclos bien marcados, y Benito lo sabe. Es parte de la filosofía vital de este hombre de campo que demanda para él y los suyos un papel protagonista en su propio desarrollo.

—Necesitamos convertir nuestra cuenca en una zona orgánica libre de fertilizantes que, además de ser muy costosos, cansan excesivamente a nuestros suelos. Antes desconocíamos qué significaba proteger el

bosque, pero ahora que entendemos que nosotros también somos parte de él tenemos que procurar su supervivencia.

La conciencia ambiental llegó a la comunidad de Palo Blanco importada desde el contiguo caserío de El Choloque, cuyos campesinos, de la mano del Programa de Pequeñas Donaciones del GEF/PNUD, llegaron a la conclusión de que se enfrentaban a un problema global cuya solución debía incluir a otros caseríos de la zona. La tala y quema indiscriminada de árboles en las comunidades de la cabecera de la cuenca generaban una brutal degradación en sus suelos cuyas consecuencias se precipitaban ladera abajo, perjudicando los bosques de la cuenca media y los regadíos de la parte final del río Chiniama.

En Palo Blanco tomaron el testigo y organizados a través de mingas, grupos de 20 o 25 personas que durante varias jornadas se juntan para realizar trabajo comunal, han implementado cerca del río un vivero donde retoñan taras, algarrobos y overos que luego servirán para la repoblación de las zonas que más presión han sufrido. En Crescencio López se ha producido un cambio interior: “Ahora me siento como nunca, orgulloso de conocer nuestros árboles. He podido experimentar el bosque y encontrar en él paz y salud”.

—Nuestra meta es adquirir más conocimientos porque conforme sentimos que somos capaces de hacer sostenible la protección del bosque —comenta Percy López, el responsable de apicultura de la asociación Acovach—, más fácil vamos a poder replicar nuestra experiencia y pasar a otros el testigo de la conservación.

En ese sentido ya se han producido los primeros contactos con los caseríos de Palacios, Cangrejera, Viarumi o Sauce, a siete horas caminando monte arriba, con reacciones positivas que invitan a la esperanza. Y ese es un logro también del Programa de Pequeñas Donaciones en la zona.



» Benito Nicolás, junto a un grupo de pobladores de Palo Blanco, repuebla el bosque con taras, una labor fundamental para evitar la erosión de los suelos y asegurar de esta manera el agua en la cuenca en el futuro.

Asegurar el futuro de estas familias, y con éste el del bosque seco, pasa por la formación de los niños y jóvenes que todavía permanecen en el seno de las comunidades, porque no es tanto un problema de pobreza como de educación. Los apicultores de El Choloque y de El Porvenir, las artesanas de Mórrope o los agricultores de Palo Blanco o Piedra Mora trabajan por un sueño: dejar el bosque seco como herencia a las próximas generacio-

nes. Cada frasco de miel que cosechan, cada kilo de mermelada que venden, cada alforja que tejen es hecha con la esperanza de mandar a sus hijos a estudiar a la ciudad para que se conviertan en excelentes técnicos agrícolas, ingenieros forestales que —formados en valores y no solo en lo técnico— regresen a sus comunidades a vivir. Que regresen para ser los verdaderos protagonistas de su espacio sostenible y vital. ■

MÓRROPE

LA ASOCIACIÓN DE ARTESANAS DE ARBOSOL Y HUACA DE BARRO ESTÁ integrada por 31 mujeres que desde 2003 han recuperado cinco colores naturales de algodón nativo, y se han redistribuido las líneas tradicionales a otras aldeas de la zona. También han desarrollado y gestionado técnicas agroecológicas para el control de plagas y han sabido darle un valor agregado al hilar y confeccionar productos artesanales en fibra de algodón.



A. ALGODÓN EN MOTA, color natural denominado "colorado" / **B. MADEJAS DE ALGODÓN** hilado de colores naturales: blanco, colorado, fifo, pardo y uyco.



C



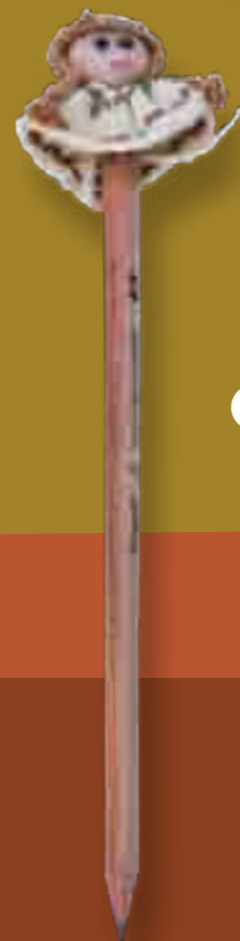
D



H



E



F



G

C. **ADORNOS** navideños (varios modelos) / D. **ARETES** de madera y algodón nativo / E. **ADORNOS** de flores en algodón nativo y tela / F. **ADORNOS** para lápices en algodón nativo de varios colores / G. **LLAVERO** de muñeco con vestido de algodón nativo / H. **ÁNGEL** de 40 cm. confeccionado con algodón nativo de varios colores.



I



J



K

I. FRAZADA con motivos moche (pez life) en algodón nativo blanco y pardo / **J. CLIPS** con adornos en algodón nativo / **K. ROLLOS DE FIBRA DE ALGODÓN** de los cinco colores naturales recuperados: colorado, blanco, fífo, pardo y uyco.



L. BOLSA grande con cierre de algodón nativo blanco y pardo / M. CARTERA con cierre de algodón nativo blanco y pardo / N. CARTERA con cierre y bolsillo externo de algodón nativo blanco y pardo / Ñ. PULSERAS de varios diseños en diferentes tonalidades.





O. CINTA tejida a telar (varios metros) / P. PORTALAPICEROS con cierre en algodón nativo blanco y pardo
Q-R-S-T-U-V. MONEDEROS de varios modelos / W. BILLETERA tejida a telar y diseñada en varios colores
X. CHUSPAS de tamaño mediano (varios modelos) / Y. ZAPATILLAS tejidas a telar con suela de goma.



TONGORRAPE

LA ASOCIACIÓN DE PROTECCIÓN DE LOS BOSQUES SECOS (ASPROBOS) ESTÁ INTEGRADA POR UNOS 60 SOCIOS del caserío El Choloque en la zona Motupe. Desde 2002 protegen el bosque seco generando actividades productivas sostenibles como la producción de miel orgánica y mermeladas de frutas locales. Desde hace dos años ayudan y asesoran a los campesinos de Palo Blanco y El Cardal, organizados en la Asociación de Conservación del valle de Chiniama (Acovach), para expandir su iniciativa por toda la cuenca del río Chiniama.



A



B



C

A. MERMELADA DE MAMEY, presentaciones de 500 g. / B. MERMELADA DE MAMEY, presentación de 300 g.
C. MIEL DE ABEJA ORGÁNICA, presentación de 500 g.

PASAJE NORTE

LA ASOCIACIÓN DE APICULTORES DE PASAJE NORTE es una organización compuesta por 16 familias que viven en el sector de Piedra Mora y que apuestan por el aprovechamiento sostenible del bosque seco. Se dedican a la comercialización de la algarrobina, la producción de miel orgánica, la ganadería y la agricultura de subsistencia.



A



B



C



D

A. ALGARROBINA, presentación de 300 g.
B. MIEL DE ABEJA ORGÁNICA, presentación de 300 g. / C. ALGARROBA TOSTADA, presentación en frasco de vidrio de 250 g. / D. ALGARROBA TOSTADA, presentación en paquete de 500 g.

EL PORVENIR

LA ASOCIACIÓN DE PRODUCTORES RURALES DE OLMOS (AAPROL) ESTÁ COMPUESTA POR 20 SOCIOS, beneficiarios directos, que se dedican a la producción de miel orgánica y mermeladas de frutas locales. Indirectamente, el proyecto beneficia a 70 familias asentadas en los caseríos Cerro Falla, El Porvenir (sede del proyecto), Querpón, Tierra Rajada y La Victoria, quienes integran un comité de Guardabosques Voluntarios para el cuidado y protección del bosque y para la ejecución de actividades de manejo del mismo.



A. MIEL DE ABEJA ORGÁNICA,
presentación de 500 g.

Concepto, desarrollo gráfico y contenidos:

Fábrica de Ideas

www.fabricadeideas.pe

Edición general y dirección de arte: Xabier Díaz de Cerio

Textos: Xabier Díaz de Cerio, Walter Li

Edición de textos: Walter Li

Fotografías: Enrique Castro-Mendivil, Musuk Nolte

Asistentes de diagramación: Julio Ishiyama, Johan Córdova

Coordinación SGP: Emilia Bustamente, Jhulino Sotomayor

Coordinadores de campo:

- » **Puno:** Porfirio Enríquez (Nuñoa), Rolando Añamuro (Cojata), Rocío Chura (Lampa), Antonia Mamani (Laraqueri)
- » **Piura:** Carlos Rojas (Jilili), Albino Vicente (Locuto), Gregorio Maza (Santiaguero), Simón Purizaca (Chutuque), Damis Zegarra (Piura)
- » **Lambayeque:** Magdalena Puican, Juan Mayanga, José Orellano

© De esta edición:

2010, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo

Complejo Javier Pérez de Cuéllar

Av. Del Ejército 750, Magdalena del Mar

Lima, Perú

Teléfono: 625-9068

2010, Fondo para el Medio Ambiente Mundial (GEF)

2010, Programa de Pequeñas Donaciones (SGP)

ISBN: 978-9972-612-36-7

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2010-15894

Primera edición: diciembre 2010.

Tiraje: 1.000 ejemplares

Impreso en el Perú-Printed in Peru

Forma e Imagen de Víctor Odiaga Franco

Av. Arequipa 4550 - 4558, Miraflores

Lima, Perú.



